HIJOS VENERABLES, PRODIGIOS Y RELIQUIAS DE LOS CONVENTOS ALCANTARINOS DE LA DIÓCESIS DE GUADIX

VENERABLE CHILDREN, PRODIGIES AND RELICS OF THE ALCANTARINES CONVENTS OF THE DIOCESE OF GUADIX

Manuel Villegas Ruiz
Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos | maviru@gmx.es

Recibido: noviembre de 2023 / Aceptado: diciembre de 2023

Resumen

El artículo explora la historia y la importancia de los conventos de franciscanos descalzos en el territorio de la actual diócesis de Guadix, a través de un manuscrito inédito del siglo XVIII escrito en latín. El anónimo religioso centra su análisis en tres aspectos principales de cada casa analizada (Puebla de Don Fadrique, Guadix y Caniles). En primer lugar, se destaca la presencia de sus hijos venerables, cuyas historias inspiradas y su dedicación a la fe han dejado un legado perdurable en la región. Dedicando un amplio capítulo a los prodigios asociados, incluyendo milagros, curaciones y otros eventos inexplicables que han sido atribuidos a la intervención divina. Por último, se examina el papel de las reliquias en la espiritualidad alcantarina.

Palabras clave

Hagiografía | Prodigios | Reliquias | Órdenes alcantarinas | Crónicas

Summary

The article explores the history and significance of the alcantarines convents in the diocese of Guadix, focusing on three main aspects: the venerable members, prodigies and relics. These convents, rooted in spirituality and Catholic tradition, have witnessed numerous extraordinary events throughout the centuries. Firstly, it highlights the figure of the “venerable members”. Their inspiring stories and dedication to faith have left a lasting legacy in the region. Additionally, it explores the prodigies associated with these convents, including miracles, healings and other unexplained events attributed to divine intervention. Finally, the role of relics in alcantarine spirituality is examined.

Keywords

Hagiography | Prodigies | Relics | Alcantarine orders | Chronicles

1. INTRODUCCIÓN

La labor que llevo a cabo desde hace unos años consiste en la traducción de la historia de todos los conventos que la Provincia Franciscana Descalza de San Pedro de Alcántara poseyó en Andalucía. El manuscrito en el que esta se narra, y conservado en un convento granadino de franciscanas clarisas,está escrito en latín por un autor cuyo nombre desconocemos, tratándose de manera indudable de un franciscano descalzo. Posiblemente, no estar redactado en castellano sea la razón que justifica su carácter inédito, hasta nuestra reciente publicación (Villegas, 2020), por la Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos (AHEF), a la que pertenezco.

El autor, en una crónica a modo de anales, va contando, casi año por año, las memorias de estos cenobios, relatando los hechos más sobresalientes, las vidas de los frailes ilustres, bien por su santidad, bien por sus conocimientos y sabiduría, que en ellos moraron, así como en el caso de que los haya, los privilegios y bulas con los que los romanos pontífices adornaron a los monasterios que fueron merecedores de ello. El total de conventos que, en la antedicha crónica se recoge, es de diecinueve, de los cuales aquí trataremos de los tres situados en la actual diócesis de Guadix, es decir, Puebla de Don Fadrique, Guadix y Caniles; aunque no se incluya el cenobio de Huéscar.

En los tres conventos, cuya traducción he llevado a cabo, el anónimo autor introduce la coordenada espacial y nos hace una breve descripción geográfica del lugar en el que se fundó el instituto, especificando la distancia que hay desde el pueblo en el que fue ubicado a las localidades que nos puedan servir de puntos de referencia para conocer su localización. A continuación expresa las condiciones de la fundación y despliega la vida de los frailes que destacaron más por sus virtudes, o por su producción literaria. También las reliquias que se encuentran en el mismo, y cualquier otro hecho que considera relevante para su crónica.

En ocasiones, a lo largo de este tiempo, me he visto inclinado a sospechar la intervención de más de un autor en la redacción de este relato. Esto se pone de manifiesto en que, en ciertas ocasiones, la facilidad con la que fluye el texto es tal que la traducción resulta fácil y cómoda. Mientras que en otros momentos hay párrafos en los que, por un uso excesivo –incluso abusivo− del hipérbaton, la narración se enreda de tal manera que su versión resulta extremadamente dificultosa y complicada. Más de una vez, su exceso de ampulosidad hiperbatónica, lleva a construir frases en las que el sujeto de las mismas se halla distanciado, por una serie de sucesivas aposiciones, de su verbo por cuatro a más renglones de escritura.

También hace suponer que posiblemente haya más de un autor, cuando tiene que hacer la datación de algún escrito, momento histórico o dar cualquier otro dato similar. En otras circunstancias, como buen conocedor de los autores latinos, emplea la forma de fechar romana, es decir, utilizando *idus*, *nonas* o *kalendas*, según convenga al caso. A vía de ejemplo voy a exponer solamente dos hechos. Si quiere expresar el día 11 de noviembre de un determinado año, lo manifiesta escribiendo *undecimo Kalendis novembris*, o con ocasión de referirse

al 18 de octubre, lo señala en la forma latina de *tertio idus octobris*, que son las expresiones que utilizaría un romano de la época clásica. Sin embargo, otras veces recurre a la manera hispana de indicar las fechas y las expone escribiendo: *die 24 mensis Aprilis*, o *die 19 julii*. Este modo de citar las fechas nos lleva a la duda de, si como hemos manifestado, hay más de un autor en la confección de esta historia, o se trata de uno solo, pero con el prurito de dejar bien sentado que de la misma manera sabe emplear la datación latina, como la hispana; aunque esta última sea menos correcta en un escrito en lengua latina.

También en ocasiones, creemos que para que no se le pueda tachar de poco conocedor del idioma de Cicerón, incurre en usos ya demasiado arcaicos o que no son correctos en una narración en prosa. Tal es el caso del empleo de la palabra *queis* que en latín clásico se corresponde con la segunda persona del singular del presente de indicativo del verbo *queo* que significa "poder". Sin embargo hay un uso de esta palabra arcaico y sólo empleado en poesía, que expresa el dativo y ablativo del plural del pronombre relativo *qui-quaequod*. Pues bien, en esta redacción, que es en prosa, él lo emplea de esta manera desusada y poética en lugar de utilizar *quibus* que es la forma normal de los casos referidos.

Igualmente, en más de una ocasión utiliza palabras demasiado rebuscadas, en desuso o con grafías no habituales, como ocurre con el verbo *contionor* que, siendo deponente, él lo utiliza en forma activa; o con *illico*, cuya manera de empleo habitual es *ilico*. A riesgo de resultar excesivamente exquisito en la relación de ejemplos, precisamente considero que por su profundo conocimiento de la lengua de Roma, el autor o autores a veces peca cometiendo algunas irregularidades que no son corrientes en el latín clásico. No obstante, manifiesta una gran pericia y dominio que pone de manifiesto en múltiples oportunidades. Así, con motivo de la semblanza que hace de un ilustre fraile, sigue como modelo la semblanza que Cayo Crispo Salustio emplea para presentarnos al conjurador Lucio Sergio Catilina. En otras ocasiones sus construcciones son un claro reflejo de las que emplean escritores tales como Cicerón o César.

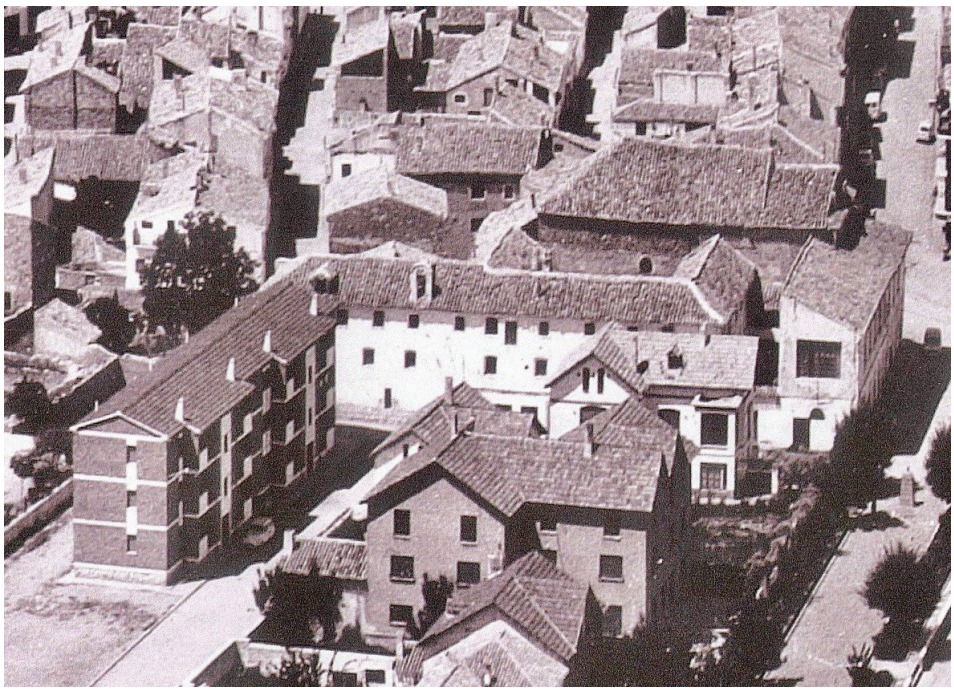
2. RELIQUIAS, PORTENTOS, SIERVOS, ESCRITORES DEL CONVENTO DE PUEBLA DE DON FADRIQUE

La proyección del convento de franciscanos de Huéscar, del que no se refieren noticias en el manuscrito, alentó la fundación de otro instituto de esta Orden en la vecina localidad de Puebla de Don Fadrique. La fundación se llevó a efecto el 28 de octubre de 1614, "en una Hermita con el titulo de la Concepcion de N. Señora, el qual [título] también ha conservado el Convento, y en esta fundación no resultó controversia alguna" (Montalvo, 1708: 424). Fue tanto el respaldo a la nueva comunidad, que los vecinos contribuyeron a su construcción, "pues hasta las mujeres iban en quadrillas á trabajar en la obra, y conducir los materiales". De tal suerte, que en menos de cuatro años la obra estaba concluida. El edificio sobrevivió, con diferentes usos, a la desamortización eclesiástica, siendo derribado a comienzos de la década de 1990.

2.1. LOCALIZACIÓN

Como en todas y cada una de las historias que nos narra el autor, comienza con la descripción de la localidad en la que se encuentra enclavado el monasterio del que relatará su historia. De Puebla de Don Fadrique nos dice que es una localidad que está situada hacia occidente, distante catorce leguas de Lorca, nueve de la villa de Yeste y cuatro de Huéscar, goza solamente de 220 años de antigüedad[1], si bien es verdad que en el año 1522, después de la primera expulsión de los moros del reino de Murcia y de la ciudad Huéscar, los señores duques de Alba, condes de Lerín de la mencionada ciudad de Huéscar, dentro de sus propiedades, entre las cuales se contaba el lugar de esta ciudad.

Realizada por la reina doña Juana la total donación, con licencia de los mismos duques, algunos de los nobles reclamaron este lugar con los pastores de los rebaños del señor y algunas otras cosas. Como se hubiese levantado en este lugar una pequeña población, a la que le dieron el nombre de Borteruela, después de muchos años, morando aquí, aviniéndose a que se cambiase, le asignó el nombre de Puebla de Don Fadrique que, hasta ahora, conserva. Ciertamente



Lám. 1. Imagen panorámica del convento de la Concepción, de Puebla de Don Fadrique (ca. 1960). Foto: Archivo particular.

1. Esto lo dice en el siglo XVIII, cuando escribió esta historia.

primero existió, desde los primeros tiempos, un cierto templo-capilla, fuera de este lugar, construido hacia el oriente, por aportación de los vecinos, dedicado a la Beatísima Virgen bajo el nombre de Concepción. Sin embargo habiendo aumentado la colonia hasta el número de sesenta habitantes, en el año 1600 fue dedicada con célebre solemnidad una nueva iglesia parroquial a la misma santísima Virgen bajo la invocación de las Angustias.

También nos narra un dato que consideramos que es digno de exponer, y es el comportamiento caritativo de los lugareños hacia los frailes.

Nos dice que el afecto de la ciudad se mantuvo continuamente hacia los frailes, demostrándolo especialmente en el año 1648, cuando a causa de las inclemencias del lugar ("pues ciertamente un cruel invierno se anticipó en todos los términos de alrededor") una fiebre contagiosa acometió estos claustros que apenas alguno de los hermanos pudo evitarla. Así pues, habiendo expuesto esta indigencia ante los ojos del clero y del poder municipal para que ayudasen de alguna manera en esta tribulación, acudieron inmediatamente de forma conjunta.

2.2. PRODIGIOS

La misericordia de Dios se hizo patente en cierto prodigio que narramos a continuación.

Sucedió que, en cierto cortijo, distante dos leguas de esta ciudad, llamado Pedrarias, al que habían llegado para recibir no pocas limosnas, ocurrió que cuatro religiosos llamaron en cierta noche invernal a la casa de este cortijo que era de cierto agricultor llamado Bernabé Carrasco al que le dijeron cuánto pan podría darles. Afligido el piadoso hombre, buscando pan por toda la casa, llamó a su mujer. Pero realizada una minuciosa búsqueda, esta fue infructuosa. Ni siquiera la solícita mujer, yendo a otra casa, consiguió un solo trozo. El marido, lleno de fe dijo: "Busquemos más detenidamente en el arca, pues podría darse un milagro, ya que a los hijos de San Francisco no debe faltarle pan en mi casa". Así sucedió. El arca estaba totalmente llena de pan recién hecho, quedando admirados todos, demostrando cuánto había agradado a Dios la piedad de este matrimonio. El arca fue un claro testimonio para los habitantes.

2.3. SIERVOS DE DIOS

2.3.1. Fray Juan Lozano

Siervo de Dios fray Juan Lozano, confesor (de quien se desconoce, no sólo el lugar de nacimiento, sino hasta el nombre de sus padres), varón entregadísimo a los ejercicios piadosos y sobre todo a las reglas de la Institución Seráfica. De tal manera llegó a ser totalmente insigne que su vida serviría de santa emulación para todos. El Rey de reyes, bajo la limpísima envoltura del Sacramento de su fiel siervo, lo recluyó en su celda hasta que emigrase de este mundo. Admiraos pues, aunque abrumado enormemente por el peso de la grave enfermedad, saltó de su yacija y recibió hincado de rodillas en el seno de su corazón a su piadosísimo

Creador y, siguiendo de rodillas, emitiendo jaculatorias llenas de fuego amoroso, entre las cuales, bañado en lágrimas, recitaba muchos versos de salmos divinos. Para que ninguna preocupación añadida fuese suficiente para que lo devolviese al lecho, se mantuvo en una ardorosa oración durante más de cuarenta horas. Finalmente ya, faltándole las fuerzas de su cuerpo, fue restituido al lecho, donde gustosísimamente exhaló su alma el día 23 de diciembre del año 1650. Descansa junto a nosotros en el túmulo en el que fue levantado para este siervo de Dios.

2.3.2. Fray Juan Planes

Fray Juan Planes, predicador, nació en la ciudad de Inca de la isla de Mallorca, de padres piadosos y nobles. Estos eran Juan Planes y Catalina Llompart. Desde su niñez se ejercitó en el temor y veneración de Dios. Cuando llegó a los diecinueve años de edad, después de haber superado muchas dificultades con las cuales el propio Satán intentaba apartarlo de su propósito, el día 16 de abril del año 1615 abrazó la Seráfica Institución, recibiendo el sagrado hábito en el monasterio de Cartagena, dependiente entonces de la Provincia de San Juan Bautista y ahora de la de San Pedro de Alcántara. Allí desempeñaba las tareas de superior su tío paterno, fray Jerónimo Planes, manifiestamente ilustre no sólo en virtudes, sino también en letras.

Después de haber emitido su profesión, avanzando en un mayor estudio de la observancia de la religión. Cuantas veces se acordaba de su separación del mundo, tantas prorrumpía en lágrimas, reconociendo el inmenso beneficio que Dios le había otorgado, por haber sido llamado a un estado de vida más perfecto.

Magnífico custodio de todas las virtudes, a saber: la humildad arrebataba con poderosa fuerza todo el corazón de Juan, por lo que la seguía con todas sus fuerzas, pues cada día, se entregaba a estas obras de humildad. Iba primeramente a la cocina, cuyos utensilios fregaba, la barría, la limpiaba con agua y serrín, para que con su trabajo la cocina quedase más aseada. A continuación marchaba al refectorio en el que llevaba a cabo los mismos trabajos. Desde allí a la enfermería y limpiaba los utensilios de los enfermos y los aseaba concienzudamente quitándoles las suciedades de sus partes más íntimas. Después, por la tarde, ayudaba al hortelano. A continuación rellenaba los aguamaniles y jarras de la sacristía. De esta manera hacía que los demás se olvidasen de la limpieza de toda la casa. Sujeto a esto por los trabajos más humillantes y considerando superiores a sus hermanos recorrió el amplísimo campo de la humildad durante los cincuenta y dos años que vivió de religioso.

En verdad, ciertamente consideraron que este venerable varón, digno de admiración estimado por todas sus virtudes y su madurez que había ejercido laudablemente como guardián del convento de Nuestra Señora del Monte Sión de Torrente, estaba totalmente entregado a la más humilde servidumbre. Ocurrió un hecho raro, los superiores del convento sintieron vergüenza de que el siervo de Dios acudiese tan prestamente para servirles a ellos. Por eso lo despedían con cierta acritud. Sin embargo, el humilde Juan les pedía con ruegos y lágrimas ser admitido nuevamente a su servicio, pues él mismo (según decía) se sometía a

sus mandatos no como superior sino como un siervo. Sin embargo, ocurrió que, mientras permanecía como huésped en el convento de Guadix, preparándose con los ornamentos sagrados porque debía celebrar los divinos misterios, se acordase en aquel día no había realizado ningún acto de humildad, por ello quitándose la sagrada vestidura, se marchó al huerto, donde cumplió sobradamente sus deseos. Con estas y otras actuaciones de este comportamiento constituyó tales cimientos de humildad que podría en gran manera erigir la cima de su edificio espiritual.

Su silencio no fue vulgar. Nunca habló a no ser por obediencia, caridad o porque lo obligasen. Sus palabras aportaban gran espiritualidad y con esta atención de su mente caminaba por las divinas perfecciones, para preparar su fuerte espíritu en situación más ardiente. Se apartaba con todas sus fuerzas del trato humano. Pocas veces salía del convento, las que lo hacía era obligado por el fuerte influjo de la obediencia. Cuando los seglares lo requerían, les comunicaba su sabiduría de forma muy escueta. Aun con sus hermanos religiosos se portaba como si fuese un extraño, entregado totalmente a servirlos, expresaba sus afectos con gestos de sus manos, para reservar sus palabras hasta que estuviese en el cielo. Era un apasionadísimo ejecutor de la obediencia. Los superiores, nunca quisieron explorar la voluntad de Juan, pues se adhirió tan grandemente a las menores indicaciones de los mismos que quería que estas fuesen como de su propia naturaleza.

En la penitencia era admirable, pues atormentaba vehementemente todas las partes de su cuerpo. Entre los suplicios que se aplicaba descollaban los crueles flagelos, la abstinencia de alimentos, un áspero cilicio, el duro lecho, para que en su vejez, agravada por los muchos padecimientos, no se relajase en los rigores. Andaba descalzo, sin sandalias aun cuando viajaba, aunque fuese en pleno invierno; hasta que, siendo ya muy mayor, tuvo que usarlas para la protección de sus pies, aunque compensó esta inevitable relajación con otras austeridades. Guardó inviolablemente el mandato de no cabalgar aun siendo septuagenario. Ciertamente con notable admiración todos se sentían atraídos por él, aún admiraban al venerable anciano, en este convento de la Puebla, donde por la intemperie de la comarca la estación invernal ataca muy duramente, observando una rigurosa desnudez feliz nada más que con un hábito ciertamente el más paupérrimo y despreciable. Su pobreza no pudo ser reconocida suficientemente, pues solamente poseía un hábito y el breviario, para que no encontrasen, después de su muerte otra propiedad que una imagen de papel además de las cosas mencionadas. Vigiló la custodia de la castidad con cien ojos, por lo que aborrecía mirar a las mujeres. Todos sus sentidos se apartaban de cualquier inclinación carnal.

Fortísima roca de paciencia. Nunca demostró con palabras, hechos o signos, ninguna perturbación, cuando las persecuciones arremetían, aunque sin motivo. Contra su constancia para su fuerte capacidad en los asuntos domésticos, el ojo más perspicaz no pudo distinguir, entre tan grandes infortunios los más pequeños signos de abatimiento. Del mismo modo, puso de manifiesto su fortaleza de ánimo en las más graves enfermedades. Esto se mostró especialmente en nuestro convento de Granada, en el que Juan yacía enfermo pues, mientras le realizaban una flebotomía, el sutil cirujano incidió involuntariamente con el bisturí un poco en

la arteria de los otros músculos, por lo que inmediatamente, la sangre manó por dos zonas. Los presentes se afligieron con gran perturbación por el inesperado suceso fatal, pero el siervo de Dios, permaneció ecuánime y tranquilo como si no ocurriese nada en lo más mínimo. Con el tiempo, siendo un anciano venerable, humilde y estimado parecía que el Espíritu Santo habitaba en sus ojos despiertos.

Certísimo servidor de los preceptos de las reglas, de tal manera que si alguna vez salía del convento de forma urgente a algún asunto, ofrecía toda su voluntad ante el impedimento de asistir al coro. Aunque marchando le sobreviniese el cansancio, no se reponía con otro consuelo que suplicando a los hermanos que le proporcionasen mayores sacrificios. En cierta ocasión ocurrió que de tal manera se encontraba enfermo del otro pie que no estuvo presente dos o tres veces en las oraciones matutinas. Sin embargo, por esta causa, sonrojado por el pudor, volvió al coro durante toda su recuperación y, considerando como un acto gravísimo la obligada ausencia, se lamentó delante de toda la comunidad y pidió públicamente su perdón. Finalmente, ni las muchas reuniones a las que tenía que asistir le causaron ningún obstáculo para que no acudiese a las divinas oraciones, estando presente también, con toda certeza, aun en las matutinas del mismo día en el que tendría una reunión en público.

Por lo que resplandeció en gran manera, su grado de contemplación fue altísimo en la cual se le manifestaban los impenetrables secretos. No tenía ningún tiempo fijado para la oración, pues en cualquier momento en el que se hallase, se dedicaba a este permanente deseo. Después de las oraciones matutinas, permanecía inamovible en el coro hasta la hora prima, y no era raro que para despertar a los hermanos para que fuesen llevadas a cabo las preces divinas se quedase haciendo guardia y como continuase con esta actitud de vigilar a los hermanos, aquel tiempo lo llenaba con coloquios divinos. El resto del día lo empleaba en tan sublime ocupación que alejaba todos los obstáculos, a cuya propensión que por tanta asiduidad la tenía introducida en su espíritu por las deslumbrantes repeticiones que podían observarse por sus revelaciones externas. A partir de aquí experimentaba admirables éxtasis diarios. Tal era la vehemente fuerza de su espíritu que, aun siendo un hombre de fuerte constitución y robustos miembros, levantada la mole de su cuerpo, se elevaba de la tierra hasta las alturas y con un leve soplo como una liviana paja lo movían las fuerzas divinas de un lado a otro en contra de su voluntad.

Ocurrió un hecho admirable que se reveló en nuestro convento de Granada. En cierto día de Santa Ana a la que nuestro siervo de Dios profesaba gran devoción, mientras comía en compañía de los hermanos, oyendo al que cantaba las prerrogativas de la Excelsa Madre de Dios, su ánimo ardiente, fue arrebatado por una poderosa fuerza, abandonando la comida, quedó suspenso. Terminada, pues la comida, no volvió en sí ni con el ruido inexcusable de la recogida de los utensilios para comer. Disuelto el grupo de religiosos, fray Ildefonso de Segura, entonces superior, temiendo causar peligro al espíritu de Juan, llevó consigo a algunos de sus discípulos para que fuesen testigos del hecho. Desde las puertas del refectorio, con voz muy elevada, aunque sin esperanza de conectar llamó tres veces con voz imperiosa al siervo de Dios. Sin embargo, fue inútil para que volviese del arrobamiento. Entonces, a continuación, el superior, desde el mismo

sitio, lo llamó con voz muy baja, para que no pudiesen entenderlo los que estaban más cerca; inmediatamente, vuelto en sí, respondió. Ocurrió, como se veía, que él lo había percibido. El superior le mandó que se marchase a su rincón. El obediente Juan hizo lo que le había ordenado el superior y allí saboreó la misma excelente satisfacción espiritual hasta la tarde.

Frecuentemente gozaba de estos magníficos arrobamientos mientras se encontraba en el refectorio en compañía de sus hermanos, pues al escuchar la lectura religiosa, aquel ardiente espíritu maravillosamente se desbordaba por los fuegos celestiales para que su humildad no pudiese ocultar a la fuerza estos impetuosos arrebatos; por lo que, cuando presentía sus comienzos, le pedía permiso al superior para marcharse a su celda, pues ciertamente muchas veces no quería que esto ocurriese en presencia de los demás.

Por segunda vez ocurrió en el refectorio de nuestro convento de Granada en el que nuestro provincial, entonces fray Gaspar García, exhortaba con paternal cariño a su comunidad para que dirigiese sus pies hacia la cumbre de la perfección. Abiertamente ocurrió lo mismo al escuchar al vigilante superior emitir unos silbidos y nuestro Juan fue arrebatado por el espíritu de su vehemente ardor. Estuvo arrebatado y fuera de sus sentidos durante una hora completa. Finalmente el superior, lleno de alegría, para no quebrar su éxtasis ni que se hiriese sus pies con los escalones, le mandó que se marchase a su rincón.

Cuando volvió al coro de nuestra comunidad de la Puebla, después de terminadas las oraciones matutinas, cierto hermano observó al siervo de Dios elevado dos codos delante de la librería, con los ojos cerrados y unidas las palmas de las manos. Estupefacto, llama al guardián y al superior y todos los que observan el prodigio lo cogen de los pies y lo encuentran sin sensibilidad, por lo que determinan retroceder para no causarle mal por su curiosidad.

Forzado por un frío extremo, cierto día, por la mañana temprano, el siervo de Dios descendió a la cocina del convento de la Puebla, para calentarse. Sentado en un taburete, aquel corazón embriagado por el amor de Dios, comenzó a abrasarse más y más. Hubieses visto no sin espasmo como él se elevaba en el aire por la ardiente fuerza del Espíritu, permaneciendo el cuerpo en la misma postura en la que estaba sentado. De esta manera, paladeando la dulzura celestial permaneció durante media hora, después de la cual volviendo en sí retornó al coro para seguir preso de los abrasadores estados de su alma, para que observándolo cualquier hermano nada advirtiese.

Cuanto más se expansionaban las internas efervescencias de Juan, más fervoroso era el sacrificio de la misa. Allí dulcemente se derretía por los fuegos divinos, allí sus resplandores le hacían derramar copiosas lágrimas hasta que se ponía a oficiar. En aquellos tiempos experimentaba tales éxtasis que frecuentemente quedaba abstraído más de una hora. Sin embargo, aunque los piadosos seglares acostumbran a ser poco prolijos y se marchan pronto de los actos eclesiales, no obstante, cuando Juan celebraba todos pugnaban por oírlo a causa de la gozosa espiritualidad que durante todo el tiempo gustaban. Sucedió en nuestro cenobio de Granada que, estando Juan celebrando en el altar colateral de la Inmaculada

Concepción, arrebatado por la poderosa fuerza del ardiente Espíritu, se libró de tal manera de la influencia de la gravedad, que sus pies se posaron juntamente sobre la tabla de la sagrada mesa. Así permaneció a la vista de todos durante un largo espacio de tiempo hasta que, vuelto en sí, y regado por los ríos de lágrimas, dio fin a los sagrados misterios.

En sus arrobamientos hablaba de forma sublime sobre muchas cosas acerca de Dios y de la gloria del Paraíso. Explicaba con gran sublimidad y profundidad muchos pasajes dificilísimos de las Sagradas Escrituras. Con frecuencia, en otras ocasiones, sus palabras se consideraban como las del amado muy preferido de Dios, pues llamaba dulcemente al Padre Eterno y a nuestro Salvador Jesucristo con estas palabras: “Mi Padre celestial, dulce esposo de mi alma”; ciertamente apropiadas para quienes él abría su ardiente corazón en sus coloquios. De la misma manera, y aún más, se ponía de manifiesto otro prodigio motivado por los supremos favores, pues cuando estaba en Mallorca y aun no pudiendo expresarse bien en el idioma castellano, con admirable propiedad pronunciaba sus sermones, no sólo en la lengua balear, sino en latín, español y valenciano, por lo que se creía que poseía el don de lenguas.

Se realizó un experimento y fue, que no pudiendo estar de ninguna manera arrobado en sus éxtasis, como no conociese a ninguno de los presentes, impedidas las manifestaciones de sus sentidos, el siervo de Dios profería tales sentencias que eran oportunas para cada uno, según su condición y sus ancestrales costumbres. Y como dardos de fuego traspasaban los corazones de cada cual, ni había quién para reformar los hábitos descarriados de su vida no le interrogase. Algunas veces en el mismo éxtasis armado por un ardiente furor le lanzaba estas palabras al enemigo común del Salvador: “Vete atrás Satanás”. También otras veces desbordado por la afluencia del favor de divino, a causa de la alegría, expresaba estas palabras: “Padre mío, veo ¿qué veo? Yo veo la claridad y la esencia divina”. Por lo que los presentes que admiraban el éxtasis afirmaban que se encontraba en la celeste esfera gozando de sus beneficios.

Así pues, como la constancia de los excesos de su mente fuese tan grande, era necesario para los religiosos que lo observasen de forma indirecta para que por casualidad junto a la humildad de Juan en las cosas grandes no se causase algún mal cuando volviese en sí. Por esta causa, en el refectorio del convento de la Puebla, abstraído por los maravillosos éxtasis, el superior mandó que se abandonase y disfrutase de los supremos alimentos. Sin embargo, cierto hermano, llevado por una curiosidad más que por la precaución, se dispuso a observar el final de uno de sus arrobamientos y persistió durante las cuatro horas que permaneció arrebatado observando con todos sus sentidos. Cuando el siervo de Dios volvió en sí, observó al curioso hermano. No se puede pensar cuánto avergonzó a Juan y por cuanta confusión fue afectado, por lo que se marchó a su celda en la que permaneció recluido durante todo el día siguiente, saliendo solamente para asistir a los actos reglados; y entonces, por pudor, no se atrevía a levantar los ojos.

Ciertamente eran patentes en gran manera los muchos favores divinos dispensados a este fiel siervo, ni su confesor, el padre fray José Robles (ciertamente un varón de singular sensibilidad) que fue el director espiritual de Juan, mientras es-

tuvo en Granada, al que el siervo de Dios siempre consultó sobre los arcanos íntimos de su conciencia. Cuando marchó a la ciudad de Nápoles perdió el contacto.

Este estaba en régimen de los novicios, cuando en cierta ocasión Juan para empequeñecerse, puso de manifiesto a su maestro los secretos de su corazón. Cierto novicio curioso, habiendo oído algo de la conversación se dispuso a escuchar aplicando el oído a unas rendijas de la puerta. Así pues oyó al siervo de Dios Juan hablando al maestro confesor, decirle que su Padre celestial le había prometido, si él quería, darle poder para resucitar a los muertos o de realizar otra cosa digna de admiración. Después el maestro admirado decía: "Ciertamente Dios es omnipotente; por lo demás aprecia tu vileza y que estás expuesto a tantos y tan grandes peligros perentorios de este mundo y toleras tan inminentes vorágines". El siervo de Dios respondía a estas palabras con profusas lágrimas:

> "Ya reconozco que soy un gran culpable sin embargo me condujo a esto seguir más ampliamente a mi Padre celestial con alabanzas quien, ocultando mis faltas atiende sólo la grandeza de cada uno para mostrarse él más magnánimo hacia la más despreciable criatura, haciéndole a ella estos beneficios."

Cuando el novicio oyó estas cosas, se fue a escondidas, para no ser castigado por su curiosidad.

También se nos muestran noticias de otros favores, a causa de la diligencia del superior de nuestro convento de la Puebla por la última enfermedad de Juan. Este mandó al padre, fray Juan Navarro, al que el siervo de Dios abría su conciencia cuando se encontraba en esta adversidad, para que de parte de él y bajo el precepto de la santa obediencia que intimase con el enfermo para que le manifestase tantos beneficios celestiales, de los cuales, por aquel entonces, pudiese llegar a la mente del afligido Juan. Por lo que puesta en práctica esta prudentísima labor, se consiguieron las cosas que pormenorizadamente referiré y de las cuales se pone de manifiesto la enorme fuerza de tan gran espíritu.

El humilde siervo de Dios, impelido por un poderoso impulso de humildad, desde el fondo de su pecho, rogó a su Padre Celestial, que a causa de sus ejercicios de humildad que llevaba a cabo obedeciendo a los superiores conventuales, le concediese todas las virtudes. Y él, por la caridad, se afianzaría grandemente en ellas, porque muchas veces, se lo había manifestado, y lo había confirmado en la gracia con tal eficaz auxilio que, aunque había vivido de forma desfavorable, nunca había cometido mal. Este singular privilegio (añadió) le concedió la Suprema Majestad, puesto que durante más de cuarenta años se había sometido, pidiendo a Dios desde lo más profundo de su corazón hacer frente a los tétricos tormentos del infierno, por lo que se le daría en pacto, poder ver a todas las naciones inclinadas rindiendo culto a él sólo y como al verdadero Dios quemando unánimemente piadoso incienso.

También se puso de manifiesto que, tanto de día cuanto de noche, durante muchos años, fue elevado hasta el cielo, donde la beatísima Trinidad lo enriquecía con sus inefables beneficios. Le abría los supremos arcanos, lo embriagaba con

un suavísimo licor y lo reclinaba con admirable consideración sobre un pulquérrimo lecho, en el que su dulcísimo esposo Jesús también descansaba. Por lo que la Suprema Majestad le había concedido el pleno dominio sobre las criaturas. Respecto a esto, muchas veces el enemigo tartáreo lo combatía para que retrocediese en su fe, pero en el momento que él decía "invocaré a mi padre celestial", inmediatamente huía lejos.

También manifestó otro especialísimo favor, a saber: que con frecuencia muchísimas veces se había observado entre las solemnidades de las misas, salir del Purgatorio, por causa de su oración, ya cinco mil, ya seis, ya diez, ya quince mil almas, a las cuales el arcángel San Miguel presentaba ante la mirada divina. Y Dios se mostraba ante ellas, quienes les daban inmensas gracias por tal beneficio y por haber obtenido la libertad por medio de la intercesión de su favorecedor Juan, por lo cual debían dar gracias a su salvador.

En semejantes ocasiones, la Excelsa Majestad solía decir a su siervo Juan que le pidiese cuántas almas quería que fuesen liberadas. Entonces, el siervo Juan solicitaba cinco o seis mil; a lo que el munificentísimo Señor respondía reprendiendo con una mirada de su suprema magnanimidad la parvedad de su petición; por lo que benignamente le concedía mayor número para que fuesen liberadas y se preocupaba de que todas consiguiesen el descanso eterno. Sobre todo fue experto en este género de favores en el último sacrificio eucarístico de su vida, porque en la feria segunda del domingo de Resurrección del año 1667, fue operado. Ciertamente en aquel día se esforzaba suplicante, para que se le permitiese ver a todas las naciones del orbe reverencias a su Majestad. Sin embargo, a la piadosa Divinidad le agradaba mucho que le rogase de esta manera. Pero le respondía que no podía revelarle sus sublimes arcanos, por lo que le manifestaba su ruego de otra forma. Entonces, inclinado hacia las almas sufrientes y desgranando sus preces, llevaba ante el trono divino hasta dos o tres mil almas. También fue reprendido por su exigua petición a la inmensa liberalidad, por lo que aquellas almas felices, dando gracias al piadoso Juan, ascendieron a los cielos.

Así pues, examinando con la máxima atención y gravedad esta inusitada realidad y queriendo que se cuidase y pareciese bien a todos por mayor tiempo, el confesor le dijo al siervo de Dios que se encontraba a las puertas de la muerte: "Cuidado hermano para que estas cosas que me has relatado, alguna de ellas pueda ser una ilusión del demonio o tentación de vanidad, por lo que reconsidera con más diligencia". A lo cual Juan, con una sonrisa concorde a la verdad, le respondió: "Deseo que conozcas que todas las fuerzas tartáreas, de tal manera han sido domeñadas por la virtud suprema que durante cuarenta años, ninguna de ellas pudo dominarme". También me ha estimulado para que narrase muchas otras cosas. Sin embargo, relatar los éxtasis no estaba consentido por el permiso divino.

Ciertamente, al mismo tiempo el extasiado Juan, caminando por las huellas del dulcísimo Jesús y el piadosísimo Señor procurándole cuidadosamente su provecho espiritual lo conducían ambos a dominar los más pequeños defectos. Y de esta manera, en cierta noche, conversando los conventuales (a saber en aquella hora de recreo en la cual se permite platicar de cosas lícitas), el siervo de Dios

hacía tiempo que se había dirigido caminando a Roma, porque las personas ilustres y los principales romanos y sobre todo los más importantes de la Iglesia lo habían colmado con muchos favores. Mientras narraba estas cosas, advirtió que le embargaba cierta complacencia. Una vez terminado el coloquio, Juan volvió a sus acostumbrados ejercicios espirituales. Entonces el excelso Señor se le mostró con gran severidad exponiéndole el pecado que, aunque leve, había cometido. Así pues, al día siguiente fue a su confesor regado con ríos de lágrimas, al que le manifestó con voz sofocada su vana alegría por las mundanas muestras de agrado que había aceptado y que el Padre Celestial le había reprendido, pues siempre moderado, se esforzaba en mantener su alma limpísima y libre de toda pequeña mancha.

El venerable Juan aprendió completamente de los honorables maestros celestiales todo lo recóndito acerca de las creaturas, para que de esta manera apartase las diferencias vitales de todas las cosas. Desde esta consideración respondía a los que le instaban sobre el comportamiento fraternal, que su profundo corazón era el ángulo en el que no faltaba lugar para Dios, al mismo tiempo que para las creaturas y que su Padre Celestial lo había llenado todo, del que no podía separarse poseído por tantas razones. Si alguna vez los superiores querían que luchase mínimamente contra las esforzadas ofrendas de los devotos seglares −y por ello se lo mandaban al siervo de Dios−, obedecía lejos de toda demora o vacilación. Por lo demás su conversación se centraba solamente en estas palabras, a saber: que ofreciesen piadosas oraciones a Dios por él, pues él mismo también rogaba a Dios por ellos. Esto dicho, se alejaba.

Este insigne varón se entregó tan en serio a los trabajos del amor divino que se encontraba perdido cuando no se hallaba por un momento en contacto con su divino esposo. Así pues solía manifestar con gran encarecimiento que las obras de caridad y humildad eran la primogenitura de su Padre Celestial, por lo que de ninguna manera se podían calcular entre sus intimidades las cosas no celestiales. Ciertamente este magnífico edificio espiritual se afianzaba en dos basamentos. Primero, en la humildad, como altísimo fundamento para la estabilidad de la caridad, y como de la raíz de la que las demás virtudes extraían su sustancia nutritiva. Todas las sometía cuidadosísimamente a la práctica, sin embargo, con una discreción tal que ciertamente no se notase que era su secreta caridad. A este incendio del divino amor, en el que el ardiente corazón de Juan se abrasaba, respondía el vehemente celo que sentía por las almas. Para ello concentraba completamente todas sus fuerzas a fin de vencer este escollo. Sin embargo, como no pudiese hablar perfectamente en castellano, no por ello sufría. Cuando se encontraba libre de reuniones, añadía el refuerzo de la eficacia de su decidido espíritu al defecto de la lengua, para que en su avanzada vejez no se opusiese ningún obstáculo para conseguir esto. Era un vigilante celoso de la disciplina de las reglas, no comportándose de forma disimulada, aun en las cosas más pequeñas; o verdaderamente con una prudencia tal que no le hacían desfallecer por desagrado ni la dificultad ni el calor, para corregir al equivocado.

Interesadísimo en ayudar a los demás en sus necesidades, se deshacía en ríos de lágrimas cuando no podía solucionar las desgracias de los otros. No obstante, queriendo hacerlas suyas, se comportaba con admirable caridad. En el

convento de la Puebla, los pobres cenobitas comían casi continuamente pan tifaceo[2], pues raramente se recibía pan de trigo en la mendicación diaria. El piadoso maestresala colocaba este a menudo entre los más ancianos y los hermanos más necesitados. Sin embargo, prudentemente repartía el tifaceo entre los más jóvenes y robustos. Más adelante el venerable Juan haciendo uso de uno y otro, en nombre de la necesidad aprovechaba para sí los fragmentos de los dos panes: el de trigo y el tifaceo. Pero su caridad no le permitía comer el pan de trigo, sino que satisfecha la parte más ineludible, ayudaba a la buena salud de cualquier hermano más joven quebrantado por alguna enfermedad.



Lám. 2. Nave del claustro e iglesia del convento de la Concepción, de Puebla de Don Fadrique (ca. 1970). Foto: Archivo particular.

Si observaba a algunos necesitados, solícito y suplicando autorización, ponía mucho empeño para socorrerlos. Así pues, el superior algunas veces le mandaba este trabajo de cuidar a los mayores. Pero el misericordioso siervo de Dios, llorando pedía que se le concediese el permiso solicitado, pues deseaba grandemente que la piadosa distribución se llevase a cabo por sus manos. Cuando algunos hermanos caminantes se mojaban mientras marchaban y recurrían a él,

2. La *typhaceæ* es planta propia del borde del agua. Se la conoce también con los nombres de espadaña, totora, enea, anea, junco, bayón, bayunco, bohordo, henea, junco de la pasión, maza de agua. Su nombre científico o latino es *Typha latifolia*. La especie *Veriegata* presenta las hojas verde y amarillas. Durante el invierno, los rizomas gruesos están llenos de almidón y la base se puede cocinar como las patatas, o para hacer una harina muy blanca con la que se fabricaba un tipo de pan. Sus brotes jóvenes también son comestibles.

el piadoso Juan se despojaba de su paupérrimo hábito y gozoso se lo entregaba a quien lo necesitase. Ciertamente contento con el frío, y la desnudez, las cuales no solamente en las regiones templadas le causaban alguna molestia, sino también en la rigurosa intemperie de la ciudad de la Puebla.

Expuestas las virtudes de Juan, y la fortaleza de su ánimo, es necesario decir que Dios omnipotente lo adornó con frecuentes milagros. Aunque la mayoría de ellos permanecen ocultos, no obstante referiremos algunos de los mismos.

El siervo de Dios venía de camino desde Mallorca, hacia nuestra Provincia, es decir, a España, en cierta pequeña nave surcando las olas del mar, cuando el piloto del navío, perdiendo el rumbo abandonó la recta dirección y navegó hacia Mauritania. Bien por conocimiento natural o por espíritu profético, Juan conoció el error del piloto e inmediatamente comunicó el peligro a los marineros y a cuantos más pudo de los que gobernaban el barco. No había transcurrido mucho tiempo, aumentó grandemente el peligro pues el navío se encontró en una tormenta bélica esta vez, ya que se vio rodeado por todas partes de naves sarracenas. Los moros se arrojaban contra nosotros a todo trapo y con el impulso de los remos, hasta que finalmente acercan su nave a la nuestra. Ya todos lloraban por las miserias de la inevitable cautividad, pues no esperaban ninguna ayuda en tan gran peligro. Sin embargo, Juan lleno de confianza anima a todos y le comunica al capitán del barco que no rinda el navío a los enemigos, aunque vea que ellos hayan entrado en la nave. Los moros instan a los cristianos a que se rindan, amenazándolos de muerte, pero el siervo de Dios, manteniendo el ánimo esforzadamente repetía al patrón de la nave que no arriase la bandera.

Cierto moro hastiado de la oposición de los cristianos, con la cimitarra desenvainada, asaltó audaz nuestra nave trepidando muerte. Virilmente Juan salió a su encuentro y recibió una profunda herida en la cabeza. ¡Cosa admirable! Teñido en su propia sangre, se arrojó sobre el sarraceno, le arrebató su lanza y solo subió a su navío donde con tal brío de fe derribó a los enemigos que los obligó a ellos a que sucesivamente se sometiesen a ser encadenados y arriar totalmente la bandera de la nave de estos a la que, con todos los piratas sarracenos, condujo felizmente con ánimo invicto a las playas de España, quedando admirados todos los cristianos. En recuerdo de este suceso es digno de admiración la intervención del Omnipotente sobre su cabeza, porque Juan conservó la cicatriz mientras vivió.

El siervo de Dios se encontraba en el convento de San Juan de Ribera de la ciudad de Valencia, cuando el ilustrísimo señor doctor fray Isidoro de Aliaga, superior de la familia de los Predicadores de la misma ciudad, unido por gran amistad con nuestro Juan, ocupaba en aquel tiempo la función de virrey[3]. El mag-

3. Fray Isidoro de Aliaga Martínez (Zaragoza, 1568 – Valencia, 1648) fue maestro en Sagrada Teología y obispo de Albarracín y Tortosa. Rehusó los nombramientos de virrey de Aragón, Navarra y Valencia y los arzobispados de Santiago y Sevilla, para dedicarse plenamente a la diócesis de Valencia como prelado. El autor no pone nota indicativa de la veracidad de que este arzobispo fuese virrey de Valencia. Aunque sabemos cómo Aliaga fue uno de los principales instrumentos de la Corona en Valencia en cuanto a la pacificación del territorio, la obtención de sustanciosos servicios de Cortes

nánimo príncipe, llevado por el celo divino, queriendo expulsar de las fronteras del reino a los facinerosos a los que persiguió con gran encono, mandó que los intendentes impusiesen a la fuerza este castigo a los malhechores. Estos de improviso asediaron audazmente la casa arzobispal de forma que el virrey gobernador vino a caer en sus manos vengadoras. Conocida la temeridad, el aterrado arzobispo indefenso y no fiándose del escondite, disfrazado se dio a la fuga por una puerta oculta del palacio, solo abandonó la ciudad para esconderse de incógnito en una villa vecina hasta que se presentase una ocasión más favorable para someter a los enemigos.

En esta situación se encontraba el angustiado gobernador, cuando el siervo de Dios, por casualidad llegó hasta él. Conocedor de las circunstancias por una breve conversación, le aconsejó al arzobispo que, abandonando el camino, rápidamente se refugiase entre unos matorrales cercanos. El arzobispo asintió en no demorarse en esconderse, diciendo: "Por uno y otro lado es manifiesto mi peligro". A lo que respondió Juan: "¿Qué peligro, cuando nos asiste mi Padre Celestial? Ilustrísimo señor, confiad, pues yo en contra de todo el mundo os conduciré a su propio palacio; puesto que nadie tiene poder para oponerse a la Omnipotencia Divina". Todavía el atemorizado arzobispo desconfiaba de tal palabra, sin embargo, el siervo de Dios nuevamente, corroborando con más vigor su promesa de seguridad, lo ocultó entre un matorral, aconsejándole su permanencia en él, hasta que él regresase a aquel lugar.

Mientras ocurrían estas cosas, los facinerosos asaltantes ya habían mancillado las habitaciones arzobispales escrutando los lugares más recónditos. Y conocida la fuga, como perros rabiosos, advertidos el camino que había tomado el arzobispo, lo perseguían sin tregua por la misma dirección, cabalgando robustos corceles. El esforzado Juan, que venía explorando el mismo camino, se dio de bruces con la infame caterva. De forma desordenada los salteadores se apresuraban de tal forma que cada uno le preguntaba dónde estaría el arzobispo huido. Sin embargo, el cauteloso siervo de Dios, no descubriendo el asunto, le respondió a cada uno. No obstante como el último de ellos le hiciese la misma pregunta, Juan procuró con gran inocencia alargar la respuesta, hasta que sus compañeros se hubieron alejado un poco. Así pues agarradas las riendas del caballo, con la otra mano y con un esfuerzo extraordinario lo derribó al suelo, al mismo tiempo que decía: "¡Ea, mi Padre Celestial!, ya somos vencedores", le arrebató la escopeta y, apuntándole con el arma de fuego al pecho, lo venció, empujó al salteador desarmado para que rápidamente sobre su caballo volviese sobre sus pasos. De esta manera, el hombre desarmado apremiaba fuertemente al bruto para alcanzar a sus compañeros adelantados, por lo que también los

o el reclutamiento de levas, sobre todo en la difícil década de 1640, lo que le valió su propuesta para la lugartenencia general de aquel reino. En 1647 empeñó vida y hacienda en la lucha contra la epidemia de peste que comenzaba a asolar la capital del Turia, desarrollando una extraordinaria labor asistencial cuyos excesos mellaron su deteriorada salud, hasta el punto de llevarle a la tumba a comienzos del año siguiente. Vid. Callado Estela, E. "Isidoro de Aliaga Martínez", Diccionario Biográfico de la Real Academia de la Historia. Recuperado de: https://dbe.rah.es/biografias/19392/isidoro-de-aliaga-martinez [consulta: 27.09.2023].

llamaba a grandes gritos. Ellos, sin embargo, que como impíos huían sin que nadie los persiguiese, pensando que los gritos de la fuga de su compañero eran como si hombres armados superasen excesivamente sus huellas y estuviesen a punto de alcanzarles, por lo que, más veloces, aceleraban su carrera. Por lo que, dispuesto todo admirablemente, el siervo de Dios fortalecido por las armas de fuego volvió al lugar en el que estaba escondido el arzobispo, al que puso al corriente de todos los sucesos hasta que lo acompañó al palacio donde lo dejó seguro y protegido con gran admiración por parte del arzobispo.

Entre los gestos insignes del denodado Juan, viene el siguiente digno evento que será narrado. Como hubiese quedado vacante el puesto de guardián del convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrente, en el reino de Valencia, cierto caballero le manifestó bajo secreto, que él le había quitado la vida a otro hombre entre la densidad del bosque cercano y que allí exánime lo había ocultado bajo su tierra, por lo que llevado del arrepentimiento, rogaba al siervo de Dios que de modo discreto enterrase el mencionado cadáver en tierra sagrada. El fiel Juan se lo prometió y este, para que pudiese llevarlo a cabo le dio las señales convenientes de dónde se encontraba la rústica fosa.

Llegó pues la noche y los hermanos se entregaron al sueño. El siervo de Dios pidió al portero las llaves de las puertas y, no habiéndolo consultado a nadie, preparó un mulo, el azadón y cuerdas. Abandonadas y no cerradas las puertas del templo y de la clausura se dirigió al bosque donde, según las indicaciones recibidas, encontró el cadáver enterrado. Como quisiese exhumarlo y colocarlo sobre el mulo, se percató de que ya estaba bastante rígido y al piadoso Juan le faltaban las fuerzas para tal carga, por lo que a golpes de azadón el cadáver fue partido en dos, y de este modo lo colocó cómodamente sobre el mulo y lo llevó al convento. Ingresó pues en el templo y cavó una fosa mortuoria en la que, aplicado el sagrado ritual, hizo descansar al cuerpo. Cerradas las puertas para que todos los demás, como era conveniente a lo acordado, nadie llegara a conocer este asunto.

En nuestro convento de Guadix, viendo el siervo de Dios que los trabajadores ayudaban en el trabajo del convento con bastante esfuerzo, y que no podían mover cierta piedra descomunal para colocarla en los cimientos, pues era muy grande ya que pesaba cuatrocientos pondios[4]. Llegó, prohibió tocar la piedra y, no obstante su avanzada edad y su poca buena salud, solamente Juan arrojó a los cimientos aquella piedra como una leve paja.

En la localidad de la Puebla, allá por el año 1666 cuando el pueblo, congregado en la festividad anual de la beatísima Virgen María de la Soledad, procedía al culto general, un impetuoso remolino apagó con un fuerte soplo todas las luminarias que constaban de cuatro mechas, además de los cirios que cubría uno solo de los religiosos. Sin embargo, solamente no se apagó durante toda la procesión

4. El autor manifiesta que la piedra pesaba *quatuorcentipondia*, es decir, cuatrocientos pondios. El *centunpondium* era una medida romana que equivalía a 1100 libras. Si la piedra tenía 400 pondios, y cada libra castellana equivale a 460,093 g, esta pesaría, por tanto, 203 k, aproximadamente.

a pesar de los vientos furiosos el cirio del siervo de Dios. Admirados todos los presentes examinaron cuidadosamente y no se había consumido ninguna cantidad, sin embargo reconocieron que había ardido durante mucho tiempo.



Lám. 3. Procesión de la Virgen del Perpetuo Socorro, ante el convento de Puebla de Don Fadrique (1942). Foto: Archivo particular.

Ya lleno de virtudes y de méritos, al venerable anciano se le acercaba el felicísimo descanso de la eternidad, cuando cierta tarde al antedicho humilde servidor le incumbía estar en el huerto. Durante el trabajo, se ocupaba excesivamente con la azada y la espuerta moviendo tierra de acá para allá. Sin embargo, el hortelano, considerando tanto trabajo como cosa inútil, con cierto fastidio le dijo: "Marcha al coro, hermano y encomiéndate a Dios, pues yo, mientras sea capaz, me dedicaré a mi labor". El siervo de Dios dio esta humilde respuesta a la observación del irreverente lego: "Conozca hermano mío, pues yo pensaba reparar el techo. Sin embargo, si esto le produce fastidio a alguien, sepa que nunca más le ocasionaré ninguna molestia con este tipo de trabajo". El siervo de Dios nos manifestó con estas palabras una gran señal del vaticinio de su próxima muerte; pues, poco después lo atacó una letal enfermedad y el fuerte Juan sucumbió a la fuerte fiebre.

Ciertamente muchas cosas admirables sucedieron en esta grave enfermedad. Cuando el médico que piadoso atendía con gran amor al enfermo, le rogase encarecidamente que le pidiese a Dios con sus oraciones su propia salud para

consuelo de todos, el venerable Juan respondió: “Ciertamente le diré a mi Padre celestial que se haga su divina voluntad así en la tierra como en el Cielo”. Al día siguiente pues, él volvió preocupado a la celda del enfermo. Totalmente arrebatado por el estupor encontró al debilitado siervo de Dios vuelto con la mirada en la pared. Lo tocó y se volvió hacia él y, viéndolo excitado, de nuevo volvió sus ojos hacia la pared y, tocado por el dolor, dijo: “Ya me he marchado, pues no le agrada manifestarse de esta forma a cualquiera”. Por lo que queda de manifiesto, que en aquel momento llevaba a cabo una conversación celestial y que observaba ante sus ojos el sublime objeto. “Y bien –dijo el médico– Padre fray Juan, ¿qué piensa el Señor de vuestra salud?” El siervo de Dios le respondió: “No hay remedio. Ya le he dicho a mi Padre celestial que no quiero que mi estancia aquí se prolongue más”. El piadoso médico rompió a llorar y, abrazándolo cariñosamente, le decía que mejor era que se quedase. Pero el siervo de Dios, advirtiendo las lágrimas del amigo querido, le dijo “¿Qué es esto? ¿Yo muero y tú lloras? Mejor es que conserves las lágrimas para otras cosas, pues quién está falto de llanto para lamentar males”.

El cuarto día antes del fallecimiento de Juan acrecentó tanto la violencia mortífera que, estando presente el médico, dijo que en aquella noche se produciría su fallecimiento. Entonces el siervo de Dios respondió con una agradable risa. “¡Oh cuanto se equivocan los hijos de los hombres en sus valoraciones! Ciertamente antes de que sucumba ante la muerte, sepan todos que me presentaré ante el Pastor Ministro Provincial y me dará su bendición”. Todos quedaron estupefactos, pues ninguno sabía nada sobre la venida del superior. Sin embargo, hizo esta rara predicción y el provincial vino pasados dos días, de cuya plena bendición gozó el devoto discípulo.

No parece fácil narrar cuánto padeció el vigilante Juan en esta etapa última de su enfermedad ¡Cuántas jaculatorias encendidas de amor emitía! ¡Cuántos fuegos escapaban violentamente de sus apasionadas entrañas! Humildemente suplicó que se le administrase el pan celeste de los ángeles que recibió con el íntimo cariño de su corazón, respondiendo al ingente río de lágrimas de los hermanos que lo apreciaban.

Se apagó ya aquella luz que había resplandecido con tan grandes fulgores. También demandó humildemente el manso Juan el perdón de todos los descarriados para que conociesen el gran fervor con el que se había conducido en compañía de los mismos, y que por ello elevasen sus piadosas oraciones a Dios. Llegó pues a la sagrada unción con la mayor alegría de su espíritu y con igual fervor la recibió, deseando grandemente acercarse a él, para cuyo encuentro se había preparado esmeradísimamente durante tantos años.

El día anterior al óbito de Juan, los hermanos que entraron en su aposento lo encontraron en éxtasis. Pensando que pudiese ser un paroxismo extremo, la situación en la que se encontraba, comenzaron a examinarlo, pero sólo se encontraron con la acostumbrada levitación que le producían estos éxtasis. Llegaron dos hermanos, uno de los cuales lo tomó por la cabeza y el otro por los pies y levantaron como una leve paja aquel cuerpo constituido por robustos miembros.

Lo elevaron con admirable facilidad, y con cuidado, para que no se doblase ni se rompiese, lo colocaron sobre la cama, donde durante mucho tiempo permaneció en su estado de abstracción. Recobró sus sentidos y, bañado en copiosísimas lágrimas, dulcemente pronunció estas palabras: "Vi una gran cantidad de personas que nadie podría contar". Su confesor le preguntó el misterio de tales voces y admitió que su Padre celestial le había revelado que inmediatamente, al día siguiente, quince mil almas serían recibidas en las mansiones celestiales.

Por fin llegó el tan deseado día, es decir, el último de su estancia en la tierra y ya, acercándose la noche, le pidió a cierto compañero que recitase con él las completas[5] (pues los rigores de la mortal enfermedad no pudieron apartar al devoto Juan de cumplir con las preces divinas). Una vez terminadas, dándole las gracias le dijo el siervo de Dios: "Esta es, hermano, la última oración de mi vida, pues en las laudes[6] matutinas siguientes con mi Padre celestial cantaré en el eterno descanso". Así ocurrió, pues a las ocho de la tarde del mismo día 17 de abril del año del Señor de 1667, abandonó esta vida transitoria, en el año setenta y tres de su vida.

Después de su feliz fallecimiento, pasó mucho tiempo hasta que desapareció el aliento vital, pues emigró a las auras celestiales con una admirable quietud y tranquilidad. No inmerecidamente lamentaron la muerte de Juan, pues más aún su cadáver no experimentó los letales vestigios de la muerte. Al contrario, aparecía hermoso y flexible. Sus ojos conservaban el color cristalino y todo su cuerpo exhalaba una fragancia admirable. Aunque, según la orden del provincial, no doblaron las campanas[7], para no hacer pública la muerte del siervo de Dios. Sin embargo, apenas clareó el día siguiente, cuando una muchedumbre de gente del pueblo, portando cirios, llamaba a las puertas del convento, deseosa de asistir a los funerales del siervo de Dios. Y desde la ciudad de Huéscar, al estar más lejos, pues dista cuatro leguas de la Puebla, en la misma hora de su fallecimiento, muchos de los más nobles del pueblo, se pusieron en camino, para poder llegar a tiempo de las exequias del mismo. De donde se colige que el Altísimo difundió la noticia de la muerte de su siervo que los hermanos pretendieron ocultar a la fuerza.

Conocida pues la conmoción del pueblo, sin más dilación, ya que temían una excesiva concurrencia, sepultaron con toda rapidez al venerable cadáver. Cierto seglar, con impúdica avidez, quiso con los dientes cercenarle un dedo, pero, aunque se opusieron los hermanos, sin embargo, cuando inició el mordisco salió de la herida sangre reciente y fresca, como de hombre vivo.

5. Las completas era la última parte del oficio divino con que se terminan las horas canónicas del día.

6. Las laudes son las oraciones de la mañana del oficio divino.

7. "Doblar las campanas" era una expresión usada –hoy casi no se realiza–, que expresaba que el tañido que producían era por el fallecimiento de algún feligrés. En este caso serían las campanas del convento, que no anunciaron la muerte del fraile.

2.3.3. Fray Blas de Caravaca

Fray Blas de Caravaca, lego, cuyos padres, y lugar de nacimiento nos son desconocidos, amante de forma excelsa de todas las virtudes sobre todo de la obediencia en la que aventajó a los demás; de tal manera, que en ella consiguió egregios frutos, de forma que era llamado con una sola voz públicamente santo a la vista de todos los hermanos y de los seglares. Pues así lo aclamaban, no sólo en vida, sino también después de su muerte; por lo cual, cuando el primero de abril del año 1685 emigró de esta vida en este monasterio de la Puebla, concurrieron gran cantidad de seglares al olor de sus virtudes que asistieron devotos a su sepultura. Descansa en el sarcófago común de los hermanos.

2.3.4. Fray Pedro de Cuéllar

Fray Pedro de Cuéllar, lego (también se escapan de nuestro conocimiento no sólo el lugar de su nacimiento sino hasta el nombre de sus padres), desde la recepción del hábito seráfico, en cuyo camino se integró felizmente y procuró perseguir aplicadamente con todo esfuerzo. Así pues en él fijó su meta a la cual dedicó todo su esfuerzo en el curso de toda su vida con copiosidad digna de alabanza. Ligado al más alto cumplimiento de las reglas, pronto a complacer cualquier indicación de sus superiores, dedicado a la oración, despegado de las personas, dominador de sus sentidos, de sus apetitos y de las turbulentas perturbaciones de ánimo. Egregio moderador de los que se engríen con su arrogancia. Se proponía a todos cuantos lo contemplaban como admirable ejemplo de santidad. Dedicándose a la cuestación fue sorprendido por una última enfermedad y el 17 de septiembre del año 1710 se enfrentó a la muerte en la ciudad de la Puebla, en cuya parroquia de Santiago [sic] fue sepultado su venerable cadáver. Después de lo cual se congregó tan gran devota multitud que, cortado el hábito en trocitos, fue necesario vestirlo con otra túnica y contener a la fuerza el fanático impulso de la devoción.

2.3.5. Fray Juan Pedro Carmona

Fray Juan Pedro Carmona, donado, del cual desconocemos no sólo el nombre de sus padres, sino también el lugar de su origen. Nacido perfecto determinó a toda costa seguir las huellas de nuestro seráfico Padre. Mientras llevaba a cabo el trabajo de la mendicidad en la ciudad de Almería, dominado por una enfermedad letal, falleció en el mes de agosto del año 1733. Su cuerpo se sepultó en el cementerio del convento de nuestros observantes de la misma ciudad, a cuyas exequias concurrieron los dos cabildos[8], derramando copiosos ríos de lágrimas, porque durante su vida, ya difunto el humilde Juan, les faltaba un ejemplar digno de ser emulado por sus muchas virtudes.

Además de las más abajo mencionadas, existieron en la iglesia de este convento otras muchas reliquias, a saber, de San Bartolomé, de los Santos Mártires

8. No especifica cuáles, pero suponemos que se refiere el autor al eclesiástico y al municipal.

calaritanos y algunas que otras por distintos lugares del cenobio, de las cuales con certeza existen documentos acreditativos desde el 22 de abril del año 1626, D. Cosme Scarchoni[9] Agustín Martínez, natural de Cartagena (que fue el que las trajo a este monasterio), que los dio junto con las reliquias. Sin embargo ahora se desconoce totalmente en qué lugar se encuentran estos bienes.

2.4. RELIQUIAS RESPALDADAS COMO AUTÉNTICAS

En la iglesia de este convento se encuentran, expuestos a la debida veneración, los huesos de los cuerpos de los Santos Mártires de Arjona, los cuales, están confirmados por escritos auténticos que traduciré de nuestra lengua vernácula a la latina según el subsiguiente tenor expongo:

> "Yo, el licenciado Francisco García del Valle, clérigo presbítero párroco de la iglesia del Señor San Juan de esta villa de Arjona, notario público del episcopado de esta diócesis jiennense doy fe y certeza por mi autoridad ordinaria, para todos los que lean las presentes, en cuanto que ante mí comparecieron el licenciado José Pastor Carvajal, presbítero, y Juan Figueroa, habitantes de esta villa, a los cuales doy fe de que conozco, y realizado el debido juramento en forma, expusieron que ellos habían entregado al padre, fray Diego Marquina, presbítero religioso descalzo de la Seráfica Orden del Padre San Francisco de la Observancia Regular, habitante del convento de N≤uestra Señora de la Concepción de la ciudad de Puebla de Don Fadrique, de la jurisdicción de la ciudad de Huéscar y de la Provincia valenciana de San Juan Bautista, según me consta por su manifestación y (como se ha dicho), declararon que al mismo hermano les había entregado dos huesos, a saber: uno que parece ser la mitad de un radio con su unión al cúbito, otro que parece una tibia menos la cabeza de la misma, con ocho fragmentos de diversas partes del cuerpo humano. Todos los cuales, en verdad, extrajeron con sus propias manos del santuario que recientemente apareció en esta mencionada villa en el lugar mencionado de San Nicolás detrás de la torre del homenaje y de las murallas del castillo y de la ciudadela de esta villa, de cuyo mencionado terreno fueron excavadas y extraídas muchas reliquias de las cuales hasta ahora han sido comprobados por mí no pocos milagros, ya sobre sanaciones, ya sobre emanación de sangre de los mencionados huesos y de otras cosas dignas de admiración. Y todos los huesos considero que deben ser recordados en el mismo lugar y en santuario de las reliquias por las cuales nuestro Dios ha realizado tan grandes portentos y continúa haciéndolos cada día. Así juzgo mediante experimento, porque de cuando en cuando y con bastante frecuencia las reviso. Y del mismo modo he extraído del mencionado sitio reliquias semejantes a estas tanto en el color, cuanto en el olor. Sin embargo para que quede constancia sobre ello y se tenga de ellas una sagrada memoria, como es conveniente y sean veneradas las presentes en la antedicha villa de Arjona, lo hago patente en la mencionada villa de Arjona, el día 13 del mes de mayo de 1631, al solicitante mencionado fray Diego Marquina. Como testimonio de verdad. Francisco García del Valle. Notario."

9. Canónigo de la catedral de Cagliari (Cerdeña).

Además, en la Cámara erigida en nuestra iglesia bajo la advocación de Jesús Niño, Rey de los Pobres, entre las variadas cosas que la adornan, hay depositada cierta urna relicario de cristal y forma ovalada, adornada elegantemente conteniendo las siguientes reliquias testificadas:

> "Gaspar[10], por misericordia divina, obispo de Sabinia[11], S.R.E. cardenal Carpegna, vicario general de Su Santidad, nuestro señor el Papa y juez ordinario de la ciudad de Roma y de su distrito.
>
> Para todos y cada uno de aquellos que lean este nuestro presente escrito, damos fe y atestiguamos que Nos para mayor gloria de Dios Omnipotente y veneración de sus santos, dimos como regalo al reverendo padre Zacarías de la Visitación de la más estricta observancia de San Francisco el sagrado cráneo de San Félix, mártir de Cristo y las santas reliquias de los Santos Mártires Pastor y Victoria con sus nombres propios, por mandato de nuestro Santísimo Señor el Papa, extraídas del cementerio de Cyriaca[12] , las cuales concedimos al antedicho reverendo padre Zacarías en una cápsula de cristal de forma ovalada, elegantemente adornada, bien cerrada y ceñida por un cordón rojo de seda y signada con nuestro sello. Y le concedimos a él la facultad en el Señor para que las antedichas reliquias sagradas las conservase junto a sí, las regalase a otros, las sacase fuera de Roma y se permitiese colocar y exponerlas a la veneración pública de los fieles en cualquier iglesia, oratorio o capilla. Sin embargo, fuera del oficio y misa según la forma del decreto de la Congregación de los Sagrados Ritos. Dado el día 11 de agosto de 1691. Para fe de las cuales mandamos expedir este escrito testimonial, suscrito por nuestra mano y firmado con nuestro sello por el infrascrito custodio de las reliquias sagradas. En Roma desde nuestros aposentos, en día 25 de enero del año 1712. Cardenal Carpegna."

También se conservan en la misma sagrada cámara dos pequeñas urnas de cristal que contienen varios huesecitos sagrados, según a continuación se mencionan:

> "Gaspar, por la misericordia divina obispo de Sabinia. S. R. E cardenal Carpegna, vicario general de Su Santidad Nuestro Señor, el Papa y juez ordinario de la ciudad de Roma y de su distrito.

10. Se refiere a Gaspare Carpegna (1625-1714), hijo del conde de Carpegna que desempeñó diferentes cargos eclesiásticos durante los pontificados de Inonencio X, Alejandro VII, Clemente IX y Clemente X, quien lo elevó al rango de cardenal. Gran curial y obispo de Sabinia (1698-1714), miembro de numerosísimas congregaciones, estuvo muy presente en la cultura romana de su tiempo.

11. Sabinia es la región italiana que ocupan los Montes Sabinos, en el *Latium*. Toma su nombre de los sabinos, un pueblo ganadero que compartía territorio con Roma. Hoy en día se identifica con la provincia de Rieti, en el Lacio, aunque históricamente incluía partes de Umbría. Con el auge de los Estados Papales, Sabinia pasó a estar gobernada directamente por el pontífice o indirectamente por los condes de Sabinia, un título de la familia noble Crescenti, durante los siglos X y XI.

12. Las catacumbas de Santa Ciriaca (Roma) son rara vez abiertas a los visitantes, por desgracia. Pero para los pocos afortunados que ingresan en las mismas, proporcionan un vistazo a la forma en que la basílica de San Lorenzo fue construida en la colina de la catacumba.

> Para todos y cada uno de aquellos que lean este nuestro presente escrito, damos fe y atestiguamos que Nos para mayor gloria de Dios Omnipotente y veneración de sus santos, dimos como regalo al reverendo padre Zacarías de la Visitación de la más Estricta Observancia de San Francisco de San Pedro de Alcántara, por mandato del Santísimo Señor Nuestro Papa concedimos al antedicho reverendo padre Zacarías las sagradas reliquias de los santos mártires de Cristo, Pedro, Martín, Vicente y Anastasio con sus propios nombres, extraídas de diversos cementerios, las cuales se conservan en cápsulas o vasos de cristal, bien cerrados y asegurados con un cordón de seda de color rojo y selladas con nuestro sello. Y para que las antedichas reliquias sagradas, con sus propios nombres las retuviese junto a sí, le concedimos a él la facultad en el Señor para que las regalase a otros, las sacase fuera de Roma y se permitiese colocar y exponerlas a la veneración pública de los fieles en cualquier iglesia, oratorio o capilla. Sin embargo, fuera del oficio y misa según la forma del decreto de la Congregación de los Sagrados Ritos. Dado el día once de agosto de 1691. Para fe de las cuales mandamos expedir este escrito testimonial, suscrito por nuestra mano y firmadas con nuestro sello por el infrascrito custodio de las reliquias sagradas. En Roma desde nuestros aposentos, en día 1 del mes de enero del año 1713. Cardenal Carpegna."

También se guarda dentro de un relicario de cristal el velo de Santa Rosa, virgen:

> "Silverio Abad de los Santos, I.V.D. protonotario apostólico y reverendo señor cardenal de los Acompañantes, obispo, vicario general.
>
> Para todos, etc. damos fe y atestiguamos que A.R.M. sor Clara María Magdalena, abadesa de Calabria, del venerable monasterio de Santa Rosa de la Orden de Santa Clara, en cuya iglesia, en cierta capilla, se conserva y se venera el sagrado cuerpo incorrupto de Santa Rosa de Viterbo, virgen, vestido con el hábito monacal, tomó del mismo cuerpo un velo de color negro y lo introdujo en una caja de madera, sellada con cera española y lo entregó como regalo a A.R.P. Manuel de Mata, agustino, al efecto de que lo retuviese junto a sí o que lo donase a otro, para mayor gloria de Dios y honor de sus santos, el cual es admirable entre sus Santos. [...] Dado en el palacio episcopal de Viterbo en este día treinta de junio de 1714. S. de los Santos V. Glis."

Además depositada decentemente en la sacristía de nuestra iglesia, existe cierta llave de cobre fundida de la casa de Nazaret de la Madre de Dios, elaborada de forma sagrada y artísticamente, y confirmada por el siguiente testimonio:

> "En el nombre de Dios Amen.
>
> Yo, el infrascrito abad claustral del sagrado e imperial monasterio de Santa María de Farfa, de la Orden de Nuestro Santo Padre Benedicto: declaro como verdadero testimonio a todos y a cada uno de los que vean este presente escrito, lo lean o lo escuchen, de qué manera, en este día, por requerimiento y a instancia del padre predicador, fray Francisco Gómez, de la Orden de los Mínimos Descalzos de San Francisco, de la Provincia de Granada en España, le entregué y puse en sus manos cierta llave grande de bronce fundido (que en Italia llaman *otone* y en España

azófar). Aquella dura y sin embargo milagrosa llave de latón, la cual, mientras vivía en el mundo la Reina de los Ángeles y Señora Nuestra, la Madre de Dios, la Virgen María la usaba para abrir y cerrar aquella su feliz casita de Nazaret, como la llave de David, cetro de la casa de Israel que abre y nadie cierra, cierra y nadie abre, vientre cerrado bajo el arca y luego se esparce por su seno. Y esta virginal llave se conserva originalmente hasta el presente, en el sagrario interior de dicho monasterio, donde es venerada con gran devoción y con la cual tocada, se manifestó ella, la cual fabricada a su semejanza, es decir, en forma y figura, fue entregada al dicho padre Francisco Gómez, después de este contacto, asegurada ciertamente con un cordón o cinta de seda de color rojo y signada con el sello del mencionado monasterio como señal de especial identidad. En fe de los cuales mandé a los presentes que fuese hecho, y se asegurase con el mismo sello, y suscribí este escrito con mis propias manos en el día 8 del mes de octubre del año del Señor de 1714."

Finalmente, adorna la mencionada cámara sagrada del Divino Infante, Rey de los Pobres, desde muy recientemente, cierto relicario confeccionado delicadamente con oro y cristal que contiene varios fragmentos de huesos de santos de los cuales expongo a continuación el siguiente documento que atestigua la autenticidad de ellos:

"D. Filoteo Dezas, de la Compañía de Jesús, por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, arzobispo Dyrrachiense y exarca[13] de Dalmacia y metropolitano de toda la Iliria y además vicario apostólico de China.

Para todos y cada uno de los que viesen este nuestro auténtico escrito, con indubitable fe atestiguamos al respecto que a Nos fueron mostradas devotamente ciertas reliquias sagradas, a saber: de San Pablo apóstol, San Matías apóstol, San Gregorio el Grande papa, del doctor de la Iglesia San Jerónimo, de San Francisco de Paula, de San Sebastián mártir, de San Januario obispo, de San Mauro, de San Martín papa y mártir, de San Alejo confesor, de Santa Francisca Romana, de Santa Mónica viuda, de San Juan de Capistrano, de San Esteban protomártir, de San Bonifacio papa y mártir, de San Hipólito mártir, extraídas todas de lugares auténticos y que las reconocimos por un pequeño sello que lo atestiguaba y por los escritos fidedignos que lo aseveraban. Las cuales reliquias de estos santos colocamos dentro de un relicario ovalado de plata con un frontal de cristal, circundado por una cinta de seda de color rojo, asegurado con cera roja de España y también un pequeño sello impreso que asegura su legitimidad el cual, para mayor gloria de Dios entregamos como regalo al reverendo padre Zacarías de la Visitación de la Orden de los Mínimos de la Observancia de San Pedro de Alcántara, al efecto de que puede conservarlo consigo, regalarlo a otros y exponerlo en cualquier iglesia, oratorio, o capilla para veneración pública de los fieles. En señal de veracidad de estas suscribimos con nuestra mano estas letras testimoniales y mandamos firmar y expedir con nuestro sello a nuestro infrascrito secretario, elegido para que firme esto. Dado en Roma fuera de la Puerta Latina en este día 8 del mes de noviembre del año 1715. Filoteo, arzobispo Dyrrachiense. Pant. Pasuel."

13. En la Iglesia griega se trata de una dignidad inmediatamente inferior a la de patriarca.

2.5. RELIQUIAS CARENTES DE AUTENTICIDAD

De las reliquias carentes de legitimidad en la mencionada Cámara de Jesús, se encuentran aquí y allí localizadas las que a continuación se siguen. Ciertamente, en primer lugar, dentro de una custodia de plata de un palmo, guarnecida por un cristal, un pequeño fragmento del árbol de la vida y parte de los huesos molares de San Lorenzo, mártir. En segundo lugar, en un relicario plateado, un hueso de San Andrés apóstol, del tamaño de un huevo. Y, finalmente, dentro de cuatro láminas elegantemente confeccionadas y rodeadas de cristal una gran cantidad de trozos de huesos. Sin embargo, ninguno atestiguado, de los santos Rosalía, y de las diez mil vírgenes, Clemente, Leto, Faustino Aurelio, Gaudioso, Gaudencio, Eugenio. Bonifacio, Policarpo, Máximo y de los Mártires de Arjona. En la sacristía dos radios de los Mártires de Arjona colocados con toda decencia mencionados hace poco, y medio radio de un santo anónimo contenido en una pequeña urna de cristal. Además en una pequeña custodia partículas óseas de los santos Pedro de Alcántara y Pascual Bailón.

Finalmente de los mismos San Pedro de Alcántara, la cruz de la higuera y parte de la colcha de la cama de San Pascual. Todas las cuales son veneradas devotamente por la fe ortodoxa de los habitantes del pueblo.

3. RELIQUIAS, PORTENTOS, SIERVOS, ESCRITORES DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ DE GUADIX

Los franciscanos descalzos de Guadix fue la última orden religiosa que se instaló en la ciudad. En junio de 1648, el P. Fr. Juan de Corona, provincial de los descalzos franciscanos de San Antonio, solicitaba licencia al cabildo catedralicio para la fundación de un hospicio, donde pudieran recibir a los padres que transitaban de unos conventos a otros por la gran incomodidad que padecían en casa de los seglares. En un primer momento se les autorizó a instalarse en la ermita de San Sebastián, pero la oposición del resto de órdenes religiosas frustró el plan inicial. Vencidas estas oposiciones, y contando con el respaldo del obispo fray José Lainez, el 22 de septiembre de 1654 una comunidad integrada por ocho religiosos tomaba posesión de “una casa que estaba fuera de la Ciudad al pie de un pequeño cerro, en cuya cumbre está una Hermita con el título de San Marcos” (Montalvo, 1708: 351). Queriendo darle el título de San Pascual, al no estar este aún canonizado se optó por la advocación de San José. Treinta años después edificaban su convento a las afueras de la ciudad, en el camino del Marquesado, bajo la advocación de San José (Asenjo, 1989: 104-106).

Gozó de la protección y el fervor del pueblo, que respaldó algunos de los cultos instaurados por los descalzos, en especial, la Virgen de las Angustias, hasta acabar convirtiéndose en patrona de Guadix. La iglesia estuvo ricamente alhajada con retablos, esculturas y pinturas, destruido todo en 1936. En el primer tercio del siglo XVIII había en este convento medio centenar de frailes, entre residentes y transeúntes “que concurren en dicho convento por ser este el centro y tránsito de la provincia”. Expulsada la comunidad durante la desamortización de Mendi-

zábal, el convento pasó por diferentes usos, hasta ser adquirido por el obispo Maximiano Fernández del Rincón para su nuevo proyecto educativo, el colegio de Nuestra Señora de la Presentación, que hoy perdura (Rodríguez, 1995: 428).

Tras esta breve introducción damos la palabra al anónimo fraile franciscano para que nos desvele toda la información que fue capaz de recopilar sobre el cenobio accitano.

3.1. LOCALIZACIÓN DE LA LOCALIDAD

Junto a los pies de Sierra Nevada se encuentra la ciudad accitana, una de las localidades más primitivas de España por su antigüedad; entre los quince pueblos principales de los bástulos hispanos originarios de la Bética (después llamados blasto fenicios, porque se mezclaron con los fenicios). Su nombre *Acci*, significa en árabe "Río de la Vida" de las palabras *Gueth*, o *Guadh-Haix*, ahora se llama por el origen de su significado Guadix. Fue poseída por los romanos y honrada ya con los honores de colonia, ya con los de convento jurídico y finalmente con el derecho itálico. Ennoblecida en tiempos de los cristianos con la presencia de Santiago el Mayor como sede episcopal por él mismo y como la más antigua de las catedrales apostólicas de los hispanos y por su primer obispo su discípulo San Torcuato, por cuya predicación fue la primera en recibir directamente la fe entre toda la Cristiandad. De la misma manera, está adornada con la purpúrea sangre de dos pilares de la ciudad y, ciertamente, por tres más: la del venerable



Lám. 4. Vista de Guadix, con huerta del convento de San José en primer término (ca. 1900). Foto: Archivo particular.

padre fray Diego de Villamayor de nuestros observantes y natural de esta ciudad y finalmente D. Pedro Carvajal y Molina, igualmente natural de este pueblo, y la de los martirizados en Argel por profesar la fe de Cristo. Y finalmente embellecida suficientemente y de forma total en distintos tiempos por muchísimos varones, ya por sus virtudes, ya por sus actividades literarias, ya por sus honorables trabajos. Se asienta situada hacia el occidente entre mucha arboleda y es copiosamente fructífera por el agua de cierto río.

3.2. VENERABLES Y SIERVOS DE DIOS

3.2.1. María Ruiz

La venerable María Ruiz, terciaria expresamente profesa nacida en la ciudad Ursana (vulgo Osuna), del reino y la diócesis de Sevilla, marchó con sus padres a los tres años a la ciudad de Guadix. Desde su niñez practicó el temor a Dios, por ello despreciando los placeres del mundo, tomó la decisión de no amar a otro sino a Dios. Piadosa siempre que podía se privaba de las cosas necesarias para darlas a los pobres. Atenta a las prácticas religiosas, menospreciaba los esparcimientos de la niñez. Siendo adolescente, en contra de su voluntad, fue entregada en matrimonio a Agustín Guerrero, natural de la misma ciudad de Guadix. En tanto que en el matrimonio, durante muchos años, padeció sufriendo muchas tribulaciones por los torvos comportamientos de su marido. Una vez fallecido el cónyuge, del que no había tenido ningún hijo, pronunció el voto de castidad y continuó con su vida virtuosa, vistió el rudo y mezquino hábito del Padre Seráfico en su Tercera Orden, despreciada la blandura del calzado y de la ropa delicada, repudiando el dinero y todas las cosas temporales, para tener a Cristo como único tesoro. Se consideraba como estiércol y sólo dedicaba su alma y su conversación a las cosas celestiales.

En la mitad de la noche, cuando los hermanos se preparaban para los maitines, rápidamente se levantaba y desde la Aurora hasta la oración vespertina dedicaba su devoción a las cosas celestiales[14]. Muchas veces, adormecidos los sentidos, arrobada, y absortas sus facultades en Dios le acontecía que no sentía cualquier cosa que ocurriese cerca de su cuerpo. Inmediatamente marchaba a nuestro convento en el que asistía a todas las misas, alimentada con el Pan Sagrado. Finalmente volviendo a su domicilio, allí elaboraba la lana y el lino, y con ayuda de sus manos acogía lo más espléndida, rápida y perfectísimamente con admiración a todos los que consideraba que debería prestar cualquier clase de ayuda por muy grande que fuese.

En todas partes se mostraba temerosa y modesta ante la Divina Presencia, sobre todo en el templo y en los lugares sagrados en los que realizaba muchas genuflexiones y postraciones como si viese a Dios con los ojos del cuerpo. Con frecuencia se le oía mantener una ardentísima conversación con el Padre Eterno, rogándole a Él y a su Divino Hijo misericordia por sus muchos pecados que eran

14. Párrafo 49.

los méritos que le podía ofrecer al Padre. Ella se inmolaba digna de admiración y humildad al Padre Celeste y se ofrendaba prestamente como si fuese aceptada reverentemente por su gran fervor. De tal manera su ternísima memoria se adhería al corazón de nuestro Señor Cristo que padeció por nosotros que, emitiendo profundos suspiros desde lo más íntimo de sus entrañas, casi continuamente lloraba de forma copiosa.

Pasaba las noches sin dormir haciendo penitencia esforzándose en contener un leve sopor que reanimaba descansando sobre una tabla desnuda[15]. Desde la más temprana edad castigaba su cuerpecito con numerosos y sangrantes flagelos, extenuado asimismo de forma ardiente con semejantes maceraciones. Durante cada año, los lunes, miércoles, viernes y sábados solamente tomaba pan y agua.

Celebraba con rostro alegre el Adviento y las cuaresmas de la Iglesia, de los Santos y del Santo Espíritu y todos los días de ayuno establecidos por la Iglesia con una sola comida que no tomaba nunca por la noche. Se aplicaba un áspero cilicio sobre la carne en lugar de la suavidad del vestido. Hubiese ido muy lejos en este sacrificio, si no hubiese sido porque el confesor le puso un dorado freno de moderación.

Amó la castidad grandemente, sobre la cual el demonio se dedicó a tenderle trampas[16]. Pues cierto accitano adolescente, arrebatado vehementemente por la admirable belleza de la sierva de Dios, después de su viudedad, quería ardorosamente convertirla en su esposa, cosa que, como no pudo conseguir de ninguna manera, persuadido por el diablo y queriendo conseguirla a la fuerza, puso en práctica la siguiente táctica. Cada día, antes de la aurora, se estacionaba junto a la casa de la pudorosa mujer, hasta que veía que algún hombre llegaba hacia él, entonces simulaba que salía de aquella casa, cerraba la puerta y por una hendidura de la puerta introducía una llave. Cuando acababa esto, le decía al hombre que se acercaba que él había pasado la noche con esa mujer. Y para confirmar la verdad del asunto apenas increíble para aquellos que conocían la santísima honestidad, castas costumbres y santísima vida de la joven, añadía: “No os extrañéis, pues existe entre nosotros una promesa de futuro matrimonio”. La insania de este amor se complicó en estos excesos durante muchos días perjudicando la fama de la cándida mujer. Cuando cierto hombre piadoso le comunicó el asunto a la sierva de Dios, esta cayó a tierra medio muerta, pero el que liberó a la púdica Susana del falso crimen, restituyó los sentidos a María. Ella, postrada ante un crucifijo, derramando abundantes lágrimas decía: “¿Acaso, Señor, elegí a otro esposo que no fueras tú? ¿No es verdad que tu solo eres mi esposo?” Entonces la sagrada imagen inclinó la cabeza hacia ella como testimonio de su inocencia y hablándole dulcemente desde la cruz la confortó para que pudiese sobrellevar aquello por su amor. El piadoso hombre que estaba presente viendo y oyendo, se quedó estupefacto y lo propagó por toda la ciudad. Por lo que el inicuo adolescente, arrepentido de lo que había hecho, testificó la inocencia de la honesta mujer.

15. Párrafo 50.

16. Párrafo 51.

Ardía con tanta caridad hacia el prójimo que no escatimaba nada para los pobres de Cristo, a no ser que le fuese imposible, pues deploraba las penurias de ellos más aún que las suyas propias[17]. De aquí que eliminado el rubor de toda pudibundez, cuando no disponía de otra cosa, suplicante pedía insistentemente limosna de puerta en puerta para las necesidades de los pobres. Hacía las cosas por todos, si veía algunos afligidos los consolaba con dulcísimas palabras. Si estaban desolados o temerosos no los abandonaba, si faltos de cualquier cosa, inmediatamente se la proporcionaba. Si se encontraban en apuros rápidamente acudía en su ayuda; si se demoraban en practicar el bien, dulcemente los estimulaba; si enemistados, los volvía a unir, después de romper la enemistad. Finalmente, si algunas féminas se complacían en la vanidad, con persuasiones eficaces las hacía volver a la olvidada decencia.

A cierta noble accitana, cuyo esposo había fallecido, que se comportaba con más libertad que la conveniente a una viuda, le rogó vivamente que actuase con más modestia o que contrajese nuevo matrimonio. A esto le respondió "que ella se casaría de nuevo, solamente con un marido noble, famoso, con riquezas, poder y de buena índole". A lo que esta le dijo: "Te sugiero aquel cuya nobleza, forma, riquezas y poderío, nadie jamás pudiera encomiar suficientemente, que no tiene igual, más excelente que todos. Es Dios mismo al que no menoscaba ningún acontecimiento, lo destruye, impera sobre la muerte, de quien ningún mal te puede separar". Con estas palabras, la viuda despreció las cosas mundanas, lloró sus pecados, eligió como maestra a la sierva de Dios y junto a ella culminó una loable vida.

Los más importantes de la ciudad y muchos otros más la visitaron cuando se hallaba corroída por una enfermedad desconocida, encomendándose ellos y el pueblo a sus oraciones[18]. Entonces uno de los principales de la Catedral, habiéndole rogado ella que después de su óbito celebrase una misa, le prometió hacerlo muchas veces. Ella le respondió: "No, señor mío, es suficiente con una". Por lo que todos creyeron que Dios le había revelado algo sobre esto. Finalmente, cumplidas las sagradas funciones en ella, prendidas las luminarias celestiales, con una agradable y amorosa sonrisa se durmió en el Señor el año 1669. Se desconoce el día. En la hora en la que descansó, se vio sobre la cabeza de la misma un rayo esplendoroso de tal forma que desplazó durante un breve tiempo las sombras de la noche, según todos los que lo contemplaron.

Aunque hubiese muerto por un maloliente flujo del vientre, su cuerpo extenuado exhalaba un gratísimo olor. Expuestos sus restos en el templo, todos pugnaban por tocarla, besarla, venerarla y llevarse trozos de su hábito. Fue sepultada en la iglesia parroquial de Santiago de la misma ciudad. En su funeral ocurrió que había cuatrocientas velas que pesaban alrededor de veinte libras y que estuvieron encendidas hora y media, cuando finalizó la ceremonia, no sólo conservaban su mismo peso sino lo más admirable es que pesaban más.

17. Párrafo 52.

18. Párrafo 53.



Lám. 5. Fachada principal del convento de San José (Guadix), convertido en iglesia de N.ª S.ª de las Angustias y colegio de la Presentación (ca. 1900). Foto: Archivo particular.

3.2.2. Fray Bartolomé Martínez

Siervo de Dios fray Bartolomé Martínez perteneciente a los conversos, fue hijo de Gonzalo Martínez y de Ana Rubia, nació en el pueblo de la Puebla de la diócesis toledana y del reino de Granada. A los veintitrés años, aborreciendo el mundo, recibió el hábito seráfico en el monasterio valenciano de San Juan de la Ribera, de la Provincia de San Juan Bautista, el día 2 de agosto del año 1628 y transcurrido el año de noviciado, pronunció los votos de lego. En este varón se manifestaron desde el principio de forma admirable todas las virtudes. Arrepentido se castigaba con unas formas dignas de admiración. Solamente se vestía con una túnica, bajo la cual siempre llevaba un cilicio pegado a la carne. Además de los flagelos comunitarios, cada día golpeaba cruelmente su cuerpo como si fuese un poderoso enemigo, hasta que le hacía derramar sangre. Afectado por muchos sufrimientos, nunca admitió ni la túnica más suave que la común, ni un colchón, ni una sábana, ni una camisa. Entre las crueles torturas de las enfermedades repetía continuamente: “Dios, Dios mío, Dios mío deseo deshacerme y estar con Cristo”. Desde su niñez, hasta su muerte los miércoles y sábados sólo comía pan y agua. Además de los ayunos regulares prescritos por la Iglesia, observaba el mismo rigor cuarenta días desde la Epifanía y desde la Ascensión a Pentecostés (salvo los martes, jueves y domingos), para no tomar alimentos cocidos y, si los tomaba, muchas veces los hacía más insípidos echándole ceniza o agua.

Humilde, hacía que todos lo despreciasen y, llorando, se arrojaba a sus pies. Prefería que lo vituperasen a que lo alabasen. Se entristecía con las alabanzas

y se alegraba con los oprobios[19]. Sólo se sentía contento cuando lo llamaban pecador. Por lo que, como en cierto día fuese alabado por su santidad con elogios mundanos, dijo muy entristecido: "Ya desaparece mi gloria, porque me complazco con la gloria de los hombres". Pobre, exaltaba continuamente esta virtud con palabras y obras como un tesoro incomparable, diciéndoles a los hermanos que ellos deberían de conseguir tanto la pobreza como el cielo. Obediente se sometía diligentísimo aun a los más mínimos deseos de sus superiores. Era tan casto que nunca miró la cara de ninguna mujer y evitaba completamente la conversación con ellas. Aunque desempeñó el oficio de portero del convento, para admiración de todos nunca miró el rostro de una mujer que ocasionalmente llegase a la puerta, ni llegó a hablar con ella a no ser para darle breves palabras de consejo.

Esforzado con todo su corazón en la oración, cuando andaba, se sentaba, trabajaba, o descansaba, continuamente realizaba este piadoso ejercicio, por lo que con frecuencia, después de los maitines, nunca se le vio regresar a su dormitorio, sino que permanecía en contemplación hasta la hora prima[20]. Meditaba constantemente en su corazón sobre la Pasión del Señor, derramando profusas lágrimas. De tal manera era arrebatado por estos excesos mentales que muchas veces permanecía inmóvil durante horas. Ardía en un inmenso fervor hasta lo más profundo de su médula hacia el Santísimo Sacramento de Nuestro Señor. Por ello se empeñaba arrastrado por todas sus fuerzas, en la degustación frecuente y cuotidiana del Cordero Inmaculado. Se esforzaba con sus máximas fuerzas en atraer a todos, principalmente a los enfermos. A los que recomendaba esta medicina como cierta recuperación de su salud. A dos hermanos, a saber, fray Pedro Romero, guardián de este convento, y fray Antonio Morales, que llevaban bastantes días enfermos, les aconsejó que se alimentasen diariamente con el Pan Eucarístico, pues sanarían con esta salutífera medicina, cosa que ocurrió admirablemente.

Profesaba un dulcísimo temor ardiente en amor y devoción hacia la Santísima Virgen, a la que constituyó en su abogada y muchísimas veces adoraba postrado ante ella[21]. Amaba enormemente a los pobres de Cristo a los cuales diligentemente proporcionaba no sólo lo que podía tomar del convento, sino también otras cosas que conseguía de los piadosos fieles. Por su caridad llegó a agradar al obispo, a los canónigos y a algunos seglares ricos de manera que enviaba a los pobres a sus casas con importantes documentos de limosna para que les ayudasen en especie y en dinero. Y, como pobres, entregasen a los benefactores los mencionados documentos escritos por la misma mano del siervo de Dios, estos las recibían con misericordia por quien se las escribía y las conservaban como reliquias por estar escritas por su mano.

Sus conversaciones estaban llenas del ardor del Espíritu Santo y penetraban hasta la médula del corazón y no sólo rebosaban caridad, sino también emitían magníficos pensamientos sobre las cosas celestiales. Por ello el obispo, hombres doctos y otros, frecuentemente llegaban a él para consultarle sobre asuntos im-

19. Párrafo 62.

20. Párrafo 63.

21. Párrafo 64.

portantísimos y en sus respuestas llenas de doctrina celestial los hombres sabios encontraban consuelo los afligidos, gracia los pecadores rebeldes, etc.

Adornado con estas y otras virtudes fue atacado por una desconocida enfermedad y le sobrevino una agudísima fiebre que toleró pacientísimamente y en ella mostró su don de profecía[22]. Pues como cierto día en el cual la fiebre había subido mucho, oprimido, viese que tocaba las puertas de la muerte y había ido a visitarlo el doctor D. Alfonso Baltodano, archidiácono de la Catedral accitana, le dijo a este: "Padre mío no lo oculto, esta enfermedad es mortal y rápidamente se cumplirá tu deseo, la cosa es así, pero antes que yo tú morirás". Cosa que ocurrió exactamente así. Habiéndose agravado la enfermedad y fortalecido por los Sacramentos, murió finalmente el día 19 de octubre del año 1678. Su cadáver no revelaba los horrores de la muerte y aparecía hermoso en su totalidad. Cuando se expendió la noticia de su fallecimiento, todo el pueblo acudió en masa, llamándolo todos unánimemente Santo, arrancando trozos de su hábito y los pobres derramando profusos llantos sobre él. Descansa en la fosa común.

3.2.3. Fray Gregorio Torcuato López

Siervo de Dios Gregorio Torcuato López, de la Orden Tercera, nació en esta ciudad [de Guadix] y vecino desde el año 1621, y comenzó a vivir la vida religiosa en el año 1648 en el cual los hermanos de nuestra Provincia aún no dividida le mandaron que se dirigiera a la mencionada ciudad y emprendió rápidamente el camino bajo el régimen de sometimiento a estos[23]. Diariamente se fortalecía fervientemente en la sagrada purificación de la Penitencia y con el alimento de la Eucaristía, para lo que dedicaba muchas horas de la noche en oración. Ciertamente, cuando el sueño lo vencía, abandonaba su propia casa y marchaba a la fortaleza (destruida) de la ciudad, donde durante el invierno se entregaba vigilante a los ejercicios espirituales.

Dentro de los zapatos, bajo la planta de los pies ponía piedrecillas para sentir dolor mientras andaba.

Con suma paciencia soportó las muchas enfermedades por las que fue atacado. Finalmente falleció y se mandó que su cadáver fuese sepultado en nuestro convento accitano. Desconocemos el año en el que ocurrió. Tenemos constancia de lo demás y sabemos que no fue antes del presente año 1678.

3.2.4. Fray Lorenzo de la Madre de Dios

Siervo de Dios fray Lorenzo Martínez, conocido como Lorenzo de la Madre de Dios, confesor, nacido en la villa de Huécija del obispado de Almería perteneciente al reino de Granada. Sus padres fueron Baltasar Martínez y D.ª María Aybar. Tomó el hábito seráfico en Granada, antes de la división de la Provincia, el día 26

22. Párrafo 65.

23. Párrafo 66.

de enero del año 1657. Este pues, dotado de todas las virtudes y decorado con un alma candorosa, se mostró al frente de todos como un ejemplo de humildad digna de ser emulada, cosa que ciertamente demostrará el ejemplo siguiente.

Cuando este piadoso hermano mendigaba para la comida de los religiosos por la plaza de la ciudad de Bentarique, mientras cierto jovenzuelo se entretenía jugando con globos por lo que uno de ellos, rodando, por casualidad, se detuvo ante sus pies. Entonces el joven enfurecido prorrumpió lanzando algunas palabras afrentosas contra el inocente hermano. Pero este hombre humilde intentó contener al fogoso joven con palabras suaves. La inicua mano del muchacho le propinó una cruel bofetada. Apenas recibió la injuria el siervo de Dios, se arrodilló a los pies del ofensor y le ofreció alegremente la otra mejilla. La alcaldesa para vengar la ofensa mandó prender al sacrílego e inmediatamente fue encarcelado. Sin embargo, después de un breve tiempo consiguió la libertad por intervención del siervo de Dios. No obstante, la justicia divina quería que pagase un precio por tan gran ofensa, por lo que permitió que aquel brazo de iniquidad, juntamente con todo el lado del cuerpo se le quedase inerte y sin movimiento. De tal manera por un espacio de dieciséis años que estuvo vivo, fue castigado en el lecho ante el estupor del pueblo. El siervo de Dios, lleno de las anteriores y otras muchas más buenas obras, sucumbió a la muerte el día 15 de julio del año 1706. Sus cenizas descansan en el túmulo común de los hermanos.

3.2.5. Fray Juan de Mora

Siervo de Dios y escritor elegante fray Juan de Mora, lector de Sagrada Teología y exdefinidor, nació en Granada, hijo de Juan de Mora y de Ana María. El 15 de julio del año del mundo redimido por Cristo de 1651. Abandonando las cosas mundanas, ingresó en nuestra Provincia (todavía no dividida) para ser formado. Fue un hombre muy adelantado de todos en cuanto a ingenio y fuerte en la piedad. Ciertamente tenido en consideración por uno y otro de los principales de este gran pueblo accitano (en el que vivió durante muchos años). Su abstracción en cuanto a las virtudes le hacía retraerse del contacto con los hombres del mundo, de forma que nunca se le encontraba fuera de la regla establecida. La paciencia y la humildad se concertaban en él con una admirable armonía, pues en todas las festividades, ya en honor de la Divinidad, ya en las de la Excelsa Madre de Dios, ya en cualquiera de las de los santos, postrándose a los pies de los hermanos, confesando abiertamente sus pecados y castigando su cuerpo con distintas mortificaciones, se mostraba digno de desprecio para la comunidad. Durante treinta años y más, en los ejercicios espirituales por la noche cargó a cuestas una cruz durante dos o tres horas (no importaba cómo se encontrase de salud), a lo que ciertamente sin interrupción le añadía unas terribles flagelaciones. Cierta noche ocurrió que como oyese la campanilla que llamaba intempestivamente a las laudes matutinas, entonces llamando a cierto hermano de los donados, como si le corrigiese, le dijo estas palabras: “¿Por qué tocas antes de la hora acostumbrada?” Esto fue suficiente para que, después de que se diese cuenta de su error, se arrojase a los pies del que los desvelaba, le pidiese perdón desde lo más profundo de su corazón. En ningún tiempo ni en ningún instante aceptó, por causa de su humildad, algún honor, aunque fuese merecedor de ello.

Perseguía a la Beatísima Virgen con un amor dulcísimo, en cuyo obsequio, en sus festividades, repartía entre los hermanos pequeñas bagatelas de las que usaba[24]. También su alma se enfervorizaba con San José, de forma que instituyó en su honor una novena, que nunca se había celebrado. Igualmente profesaba un admirable afecto hacia nuestro padre Santo Domingo, con los hábitos de cuyos hijos siempre se vestía en lo más profundo de su corazón. Ardía en un grandísimo fervor por las almas de los fieles difuntos, por lo cual muchas veces se mostraban ante él pidiéndole sufragios y ciertamente en verdad se conocen cuatro de ellas, las de los hermanos, a saber, fray Lorenzo de la Madre de Dios (cuya vida se ha referido), confesor; un cierto corista (se desconoce su nombre); y de entre los conversos fray José Serrano y Jacinto de Villavicencio, todos los cuales habían muerto en este convento. También un ardentísimo amor hacia la Pasión del Señor inundaba su corazón, agitado constantemente por cuyos estímulos realizaba el santísimo ejercicio del Vía Crucis (el cual, él mismo, había instituido como en sus inicios). Agotadas sus fuerzas, no fue raro que le sobreviniese un importante cambio. Se dedicó durante mucho tiempo a la atención de los seglares devotos, en los cuartos días feriados de Cuaresma y sextos del año, presidiendo la reunión, siempre le señalaba la meta con piadosísimo trabajo.

Las injusticias constreñían penosísimamente el tiempo que este piadoso varón dedicaba al estudio de las cosas espirituales, por lo que llegó a una difícil conclusión: cuanto más le golpeaban las preocupaciones, cuanto más lo exacerbaban y cuanto, muchas veces, fue mal considerado por los hermanos, más fogosos esfuerzos mostraba hacia ellos[25]. Ciertamente su alma era agradable a Dios, con cuyas oraciones, en cierta ocasión, piensa la piedad, que la tierra sedienta hubiese sido copiosamente regada. Muchas veces, desde el centro del turbulento siglo las hinchadas olas de la contradicción se levantaron contra su invencible paciencia a la que nunca pudieron vencer.

En cuanto a las letras, escribió con erudición y fue un hombre en el que el ingenio contendió con la asidua lectura y su trabajo, estuvo lleno de elegancia, a saber: *Laudable enigma numérico*[26]. Publicado, en folio en Madrid en la imprenta de Juan García Infanzón, en el año 1678. En el mismo año 1680 el R. A. P. fray Francisco Núñez, calificador del Santo Oficio y ciertamente provincial de la Orden de Predicadores de la Provincia de Granada le mandó nuevamente tres *Discursos sobre el Santísimo Rosario* en tipos suyos en el tomo titulado: “Colecciones de sermones”.

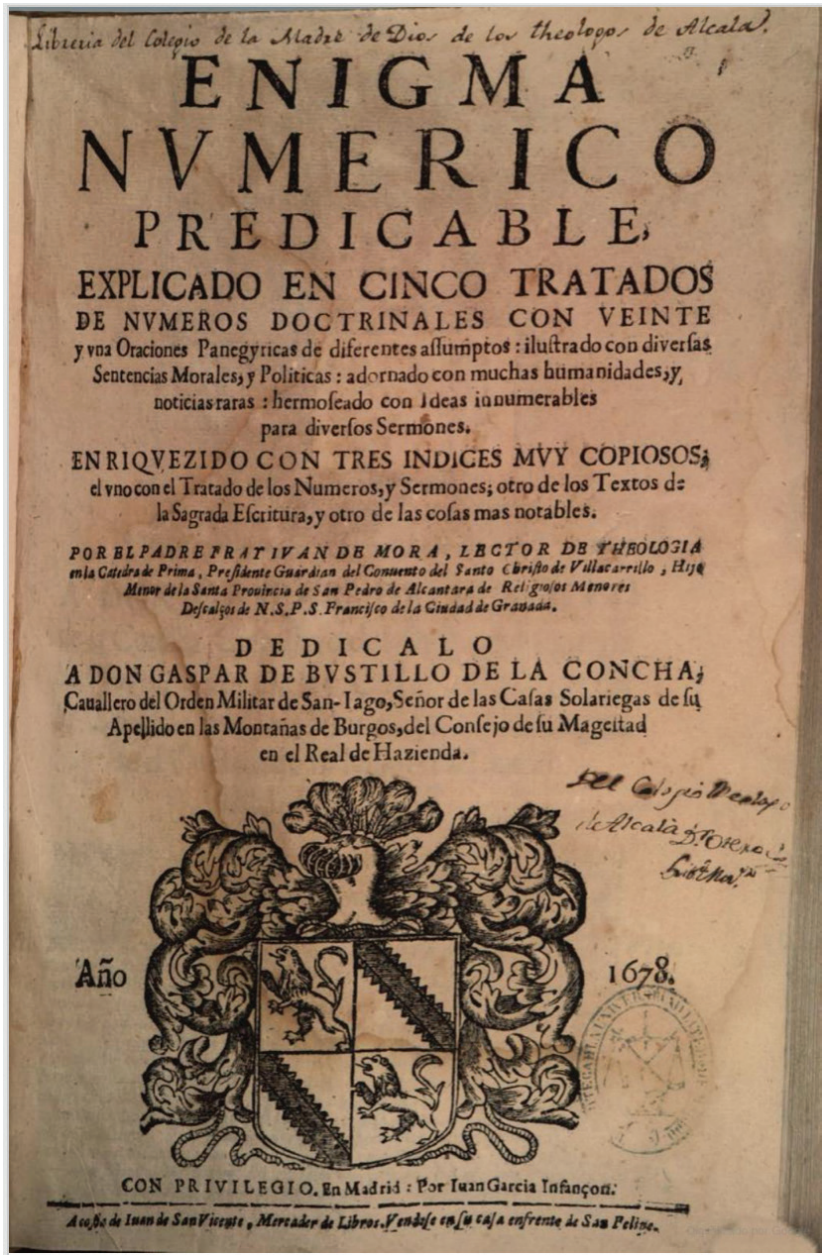
Además nuestro autor con su floridísimo estilo editó en cuarto: *Vergel Eucarístico* en Madrid en la imprenta de Juan García Infanzón en el año 1684.

Del mismo autor, omitido el nombre, el convento de Almazarrón dio a la luz en honor de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, siempre Virgen, cierta obra poética en cuarto, bajo el título: *Disputa ingeniosa* en tipos de Oride de Santiago Mesnier en el año 1696.

24. Párrafo 77.

25. Párrafo 78.

26. Párrafo 79.



Libreria del Colegio de la Madre de Dios de los theologos de Alcala.

ENIGMA
NVMERICO
PREDICABLE,
EXPLICADO EN CINCO TRATADOS
DE NVMEROS DOCTRINALES CON VEINTE
y vna Oraciones Panegyricas de diferentes assumptos: ilustrado con diversas
Sentencias Morales, y Politicas: adornado con muchas humanidades, y
noticias raras: hermoseado con Ideas innumerables
para diversos Sermones.
ENRIQVEZIDO CON TRES INDICES MVY COPIOSOS;
el vno con el Tratado de los Numeros, y Sermones; otro de los Textos de
la Sagrada Escritura, y otro de las cosas mas notables.

POR EL PADRE FRAY IVAN DE MORA, LECTOR DE THEOLOGIA
en la Catedra de Prima, Presidente Guardian del Conuento del Santo Christo de Villacarrillo, Hijo
Menor de la Santa Prouincia de San Pedro de Alcantara de Religiosos Menores
Descalços de N.S.P.S. Francisco de la Ciudad de Granada.

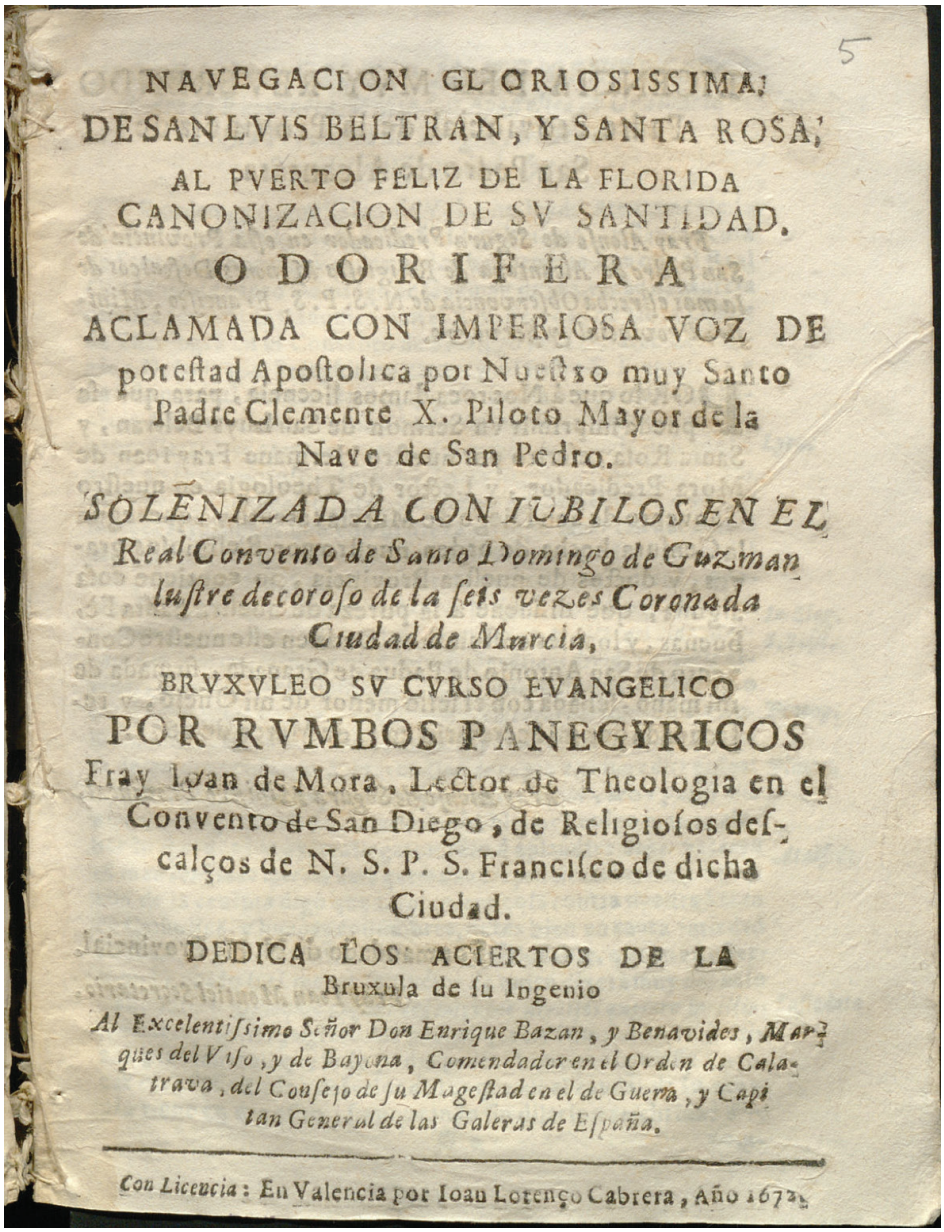
DEDICALO
A DON GASPAR DE BVSTILLO DE LA CONCHA,
Cauallero del Orden Militar de San-Iago, Señor de las Casas Solariegas de su
Apellido en las Montañas de Burgos, del Consejo de su Magestad
en el Real de Hazienda.

Año 1678.

CON PRIVILEGIO. En Madrid: Por Iuan Garcia Infançon.

A costa de Iuan de San Vicente, Mercader de Libros. Vendese en su casa enfrente de San Felipe.

Lám. 6. Enigma numerico predicable *(1678), de Fr. Juan de Mora, OFM.*



NAVEGACION GLORIOSISSIMA;
DE SAN LVIS BELTRAN, Y SANTA ROSA;
AL PVERTO FELIZ DE LA FLORIDA
CANONIZACION DE SV SANTIDAD.
ODORIFERA
ACLAMADA CON IMPERIOSA VOZ DE
poteſtad Apoſtolica por Nueſtro muy Santo
Padre Clemente X. Piloto Mayor de la
Nave de San Pedro.
SOLENIZADA CON IUBILOS EN EL
Real Convento de Santo Domingo de Guzman
luſtre decoroſo de la ſeis vezes Coronada
Ciudad de Murcia,
BRVXVLEO SV CVRSO EVANGELICO
POR RVMBOS PANEGYRICOS
Fray Ioan de Mora, Lector de Theologia en el
Convento de San Diego, de Religioſos deſ-
calços de N. S. P. S. Franciſco de dicha
Ciudad.
DEDICA LOS ACIERTOS DE LA
Bruxula de ſu Ingenio
Al Excelentiſsimo Señor Don Enrique Bazan, y Benavides, Mar-
ques del Viſo, y de Bayona, Comendador en el Orden de Cala-
trava, del Conſejo de ſu Mageſtad en el de Guerra, y Capi-
tan General de las Galeras de Eſpaña.

Con Licencia: En Valencia por Ioan Lorenço Cabrera, Año 1672.

Lám. 7. Navegacion gloriosissima *(1672), de Fr. Juan de Mora, OFM.*

Pormenorizadamente enumeraré los discursos de nuestro autor:

- *Sobre los Santos Luis Beltrán y Santa Rosa de Lima*. Publicados en cuarto en Valencia por Valentín Juan Lorenzo Cabrera, en el año 1672.
- *Sobre el Santísimo Rosario*. En Murcia, en la imprenta de Nicolás Lorente, en el mismo año 1672.
- *Acerca de Nuestra Señora de Montserrat*. Editado en cuarto por Santiago Mesnier en el año 1695.
- *Sobre la Inmaculada Concepción de la Virgen*. Editado en Murcia en cuarto por el mencionado Miguel Lorente en el año 1687.

Además de las obras mencionadas, que fueron publicadas, escribió otros muchos tratados, de los cuales en el archivo de este convento se guardan catorce novenas en cuarto, compuestas en honor de San José, elaboradas durante catorce años continuos por el mismo autor, conservadas allí para el pueblo con el común aplauso públicamente.

Finalmente su pluma compuso, con esmerada exposición muchas obras, tanto en latín, cuanto en castellano.

Dios misericordioso, queriendo sacar a su fiel siervo de en medio de las borrascas comunes del mundo, poniendo a prueba su fuerte paciencia atormentado por unas largas fiebres el Espíritu llamó a sus puertas y vigilante respondió, durmiéndose en el beso eterno (como piadosamente se cree), el 21 de septiembre de 1724. Para venerar su cadáver acudieron no sólo los accitanos, sino también habitantes de los pueblos cercanos y rompiéndolos en pequeños trozos se llevaron los restos de sus paupérrimos enseres. Descansa en la fosa común de los religiosos y todavía persiste el recuerdo de un hombre tan grande y célebre.

3.2.6. Añadido sobre la vida del Padre Mora

Y puesto que en sus años jóvenes llevó a cabo alguna opción en su pensamiento hacia los padres de la Compañía de Jesús, y manteniendo esta en el fondo de su corazón hasta sus últimos días, considerando que estaba en un gran pecado y buscando el perdón de él, todos los años en presencia de los hermanos, en la vigilia de San Ignacio de Loyola se castigaba con cruelísimos flagelos, ayunaba a pan y agua, y de esta forma, finalmente se mostraba como si fuese un descarriado[27].

Igualmente se mantuvo constante y ferviente en la oración, con la cual complacía a la excelsa majestad de la Reina de los Cielos[28]. Ciertamente si bien los favores divinos, en los cuales descansaba descuidadamente, permanecen ocultos

27. “Para insertar en el número 76”. Nota marginal

28. “Para insertar en el número 77”. Nota marginal

por el humilde silencio de Juan, sin embargo ciertamente por el siguiente suceso resplandece, hasta qué punto se distinguen su don de revelación y eficacia de su oración. Un alumno de su convento, no muy propicio a la obediencia (se llamaba Francisco Ruiz) en cierta ocasión descansaba, por lo que ni se le habían dedicado flagelaciones ni se habían emitido algunas oraciones meritorias para él. Las fuerzas ya habían abandonado al desgraciado hermano, ya se consideraba que próximamente se moriría, cuando he aquí que el siervo de Dios Juan abandonó la celda y delante de la Madre de Dios desahogó su corazón diciendo: "Madre mía ¿que no perezca este hermano siervo tuyo? Que se vaya. Es preferible para él para que no sucumba bajo el fuego del demonio". ¡Cosa admirable! Inmediatamente se calmó la negra tempestad del infierno y el paciente religioso, habiendo superado al enemigo, cantó victoria.

Después de que ocupase dignísimamente la cátedra de Teología, terminado el curso laudablemente, un enemigo suyo concitó la envidia de ciertos hermanos en su contra, por lo cual, inocente, fue encarcelado y después nuevamente fue designado para enseñar como lector la asignatura de Artes[29]. Entre estas molestias, revestido de paciencia y humildad, su ánimo no se dejó llevar por la más mínima sombra de resistencia, al contrario agitado, como en una rueda, por esta enorme cantidad de vejaciones, dedicaba todo su tiempo a escribir, a orar, o finalmente, castigándose con sus acostumbrados ejercicios de penitencia.

De joven, aprendió ávidamente la elegancia de la lengua latina[30]. Ya en su madurez, volvió a ella con perseverancia y durante toda su vida la practicó con ahínco, aunque ya en sus años más avanzados se entregó de forma continuada al estudio de los escritos divinos. Sin embargo, de cuando en cuando se dedicaba también, por su ingenioso ánimo, a las humanas y admirablemente experimentó un vivo deseo de volver a las antiguas aficiones. Y de tal manera lo llevó a cabo que en todo momento subordinaba como esclavas a las otras ciencias a la gran señora de las ciencias, la teología, y adornaba el templo de Dios con ellas como con despojos traídos de los egipcios, pues sus recopilaciones escritas de poesía, de historia y sus florecillas de retórica y de gramática, resplandecen separadamente como si fuesen gemas y por su múltiple variedad deleitan maravillosamente al lector. Como avidísimo tanto de leer cuanto de escribir no podía soportar ninguna pérdida de tiempo, tradujo a muchos autores eruditos, tanto antiguos cuanto recientes, ya sagrados, ya profanos sin desanimarse por el trabajo. De tal manera con la tenacidad de su mente concluyó los diccionarios de Nebrija[31] y uno eclesiástico, que todos los que tenían reconocida su prodigiosa memoria, se mostraban de acuerdo continuamente. Finalizados todos estos trabajos de los diccionarios, que están repartidos por el mundo entero, posiblemente él haya sido el único que ha hecho revivir a los autores de los mismos que yacen en el olvido de la tumba.

29."Para insertar en el número 78". Nota marginal

30. Al final de la crónica del convento el autor reseña este texto.

31. Los dos diccionarios más difundidos de Antonio de Nebrija, el latino-español (1492) y el español-latino (hacia 1494), fueron concebidos para ayudar a entender mejor los textos y representaron para su autor la empresa "maior i más necessaria de todas".

3.3. SANTAS RELIQUIAS

Hay algunos recuerdos de santos, aunque no muy insignes, que este cenobio posee para su perfeccionamiento. Sin embargo, creo conveniente enumerarlos aquí. Pues en la oficina sacra del templo se encuentran en dos urnas de cristal, recubiertas y guarnecidas de oro, las tibias casi completas de los renombrados Santos Mártires de Arjona. Además, igualmente, en la sacristía de esta iglesia hay tres urnas de plata de poco menos de un palmo, introducidas en el serinio, se conservan en unos relicarios que reciben la misma veneración un trozos de los cuerpos de San Pascual, otro del mártir San Pedro Bautista, finalmente otros de San Pedro de Alcántara, del mártir San Torcuato y del apóstol Andrés, con una pequeña cruz de un fragmento del árbol de la Vida. Finalmente nuestro archivo custodia, además, algunos restos de las tibias del siervo de Dios, fray Francisco Molinero. La cuales ciertamente son veneradas con toda piedad.

4. SIERVOS, PRODIGIOS Y RELIQUIAS DEL CONVENTO DE SAN ANTONIO DE PADUA DE CANILES

La trascendencia del convento de franciscanos descalzos de Caniles estriba, antes que en el relato de anónimo escritor que a continuación se expone, en que fue determinante para la independencia de la localidad. La maniobra del Concejo canilero para adquirir su autonomía de la ciudad de Baza, de quien dependía, fue aceptar la solicitud de los frailes descalzos de fundar un nuevo instituto en su término. En 8 de febrero de 1671 se daba posesión a la primera comunidad, quedando el concejo como patrono conventual. La fundación tuvo lugar “en una casa, que para ello franqueó un devoto, la mas inmediata al sitio, donde se había ideado la fabrica” (García, 1761: 79). Contó igualmente con la oposición inicial de los conventos de Baza, excepto los jerónimos. Con el patronato secular y el pago de más de siete millones de maravedís, el rey Carlos II concedió la independencia jurisdiccional a Caniles en 1679 y el título de villa. Siempre constituyó una comunidad modesta, con 26 religiosos a mediados del siglo XVIII, hasta la exclaustración de 1835. Véase a continuación la descripción que ofrece el manuscrito setecentista.

4.1. ORÍGENES DE LA VILLA

Primeramente a una legua de Baza, mirando al mediodía entre los ríos Budurria[32] y Golopón[33] y otros afluentes[34] se encuentra cierta villa de seiscientos vecinos[35] feraz en trigo, vino lino cáñamo y adornada con dos parroquias, llama-

32. Se refiere al río Bodurria.

33. Se refiere al río Gudalopón.

34. Tales afluentes son los arroyos Balax, Velias y Morax.

35. Para Domínguez Ortiz (1976: 70, n. 1) el vecino es el cabeza de familia. A finales del siglo XVI se consideraba que cada familia estaba compuesta por un promedio de 4,5 personas. La fecha a la que


Levante
Poniente
Norte
Sur
CANILES
Barrio Vajo
Secanos
Secanos
Secanos

equivalentes a 19 189 ducados con seis reales. Por aquello de que esta ciudad, desde su origen se estableció entre dos pequeñas sinuosidades pantanosas llamadas canales, por lo que se le llama Canales, que se corrompe en Caniles.

Finalmente los tributos que pagan al rey cada año por las tierras concedidas a sus vecinos ascienden a 30 800 reales de oro.

4.2. SIERVOS DE DIOS

4.2.1. Marcos Sánchez

Marcos Sánchez, terciario público, varón ciertamente adicto al completo ejercicio de todas las virtudes, pero sobre todo especial cultivador de la humildad, fue considerado por todos como preclaro estímulo de emulación religiosa. Por sus dotes dignas de alabanza, a petición del pueblo, fue elegido como juez pedáneo, pero él huyó y se escondió en el interior del bosque, de esta manera intentó esquivar tal honor. Ciertamente de nada le sirvió este aislamiento pues, buscado con gran diligencia, fue obligado a desempeñar la ocupación, confiando todo el pueblo la delicada administración a la gran prudencia de este varón y a su preocupación por las personas. Recibida ya la vara de mando se dirigía a la obra de nuestro convento que se estaba construyendo a la que se dedicaba como un obrero manual complaciendo no poco a su voluntad los mandatos de los maestros de obra.

Se vestía con un hábito viejísimo y remendado y en lugar de zapatos usó sandalias semejantes a los de nosotros, las cuales la mayoría de las veces eran humildes y se alimentaba con pistachos. Además era arrastrado con gran fuerza tras la santa pobreza. Todos los días comulgaba después de confesarse, para que ningún cuidado de este mundo fuese nunca bastante bueno que lo apartase de este celestial consuelo. Raramente faltó a los piadosos ejercicios y a las oraciones frecuentes en nuestra iglesia, sin haber pasado antes por los templos del pueblo. Y cada día estaba presente con extremada ternura en muchos actos sagrados. Finalmente, esclarecido en méritos, descansó en paz el 6 de octubre de este año 1678. Su cadáver fue sepultado en la iglesia parroquial de San Pedro de esta villa con gran asistencia y las solemnes exequias consabidas. Este óbito oprimió a todos por el dolor de la pérdida de tan gran varón manteniéndose todavía su recuerdo.

4.2.2. Fray Francisco Encinares

Fray Francisco Encinares, donado, de linaje y padres humildes, sin embargo sublimemente esclarecido en virtudes. Nació en la villa de Alburquerque, limítrofe con Portugal, de la Prelación de Paz Julia (vulgo Badajoz) de Extremadura. Siendo joven se hizo militar jurando la bandera del católico rey. Observando con cien ojos los malos pasos y los tropiezos disimulados por todos sitios en los prados de rosas de la adolescencia. Aborreciendo con todas sus fuerzas hasta la más levísima sombra de culpa determinó, renunciando con todo esfuerzo, cambiar a otro

lugar, más por los peligros agresivos para el alma que los grandes para el cuerpo, por lo que diligentemente pidió señales al Rey celestial, y juzgó prudentemente que nadie puede amar al mismo tiempo a Tetis y a Galatea. Así pues vestido con el diamantino vínculo de la benevolencia procuró diligentemente ofrecerse con todas sus fuerzas totalmente a Dios entre nuestros observantes de la Provincia aragonesa, bajo el humilde estado de los oblatos. Con gran dolor para él encontró una entrada que no facilitaba su deseo.

Ciertamente Dios misericordioso si envió aquí a Francisco por el portal principal, por la puerta falsa le insinuó otro lugar; puesto que rápidamente después Francisco dirigiéndose con paso acelerado a Valencia a nuestros descalzos de la Provincia de San Juan Bautista, en el convento de Nuestra Señora del Rosario de Villa Real, el 22 de junio del año 1689, vistió el seráfico hábito; desde donde, poco después, destinado a la Provincia de San Pedro de Alcántara, lleno de alegría vino a parar a este convento de Caniles. Aquí pues se mostró como un ejemplar digno de ser emulado en la práctica de todas las virtudes, en las que refulgía maravillosamente, difundiendo por doquier una celeste fragancia. Pero, sobre todo, apareció más claro en la ciudad de Baza, en el río Almanzora, en la roca Filabres y en Gérgal, mostrándole la Divinidad con admirables signos cuánto este siervo fiel le complacía. Por esta causa muchos pueblos pidieron, después de la muerte de Francisco, que se llevase a cabo una información de sus hechos a fin de que los testigos presenciales hiciesen resplandecer más nítidamente los admirables actos del Omnipotente. Así pues sobresalen muchas hazañas de mucha variedad todas dignas de admiración, comprobadas ya por juramento, ya por testimonio fiable según aparecerán manifiestamente en el contexto de esta narración.

Así pues los primeros pasos en los cuales este hijo verdadero del Padre Seráfico avanzó felizmente fueron en los de su Orden, y acumuló inestimables riquezas de virtudes con cuidadosa diligencia. De tal manera cumplía ciegamente las indicaciones de los superiores que nunca se le encontró dedicado a sus propios asuntos. Más aún, la pronta voluntad del superior lo colocaba bajo su autoridad. Sin embargo, también abrazaba estos mandatos con tan grandes sentimientos (parecía un novicio junto a nosotros) como si Dios se deleitase dispensándole sus decisiones en la medida que el humilde Francisco pudiese cumplirlas, cosa que en otro tiempo le estaba vedado. El siguiente evento mostrará esta irrefutable demostración. El siervo de Dios estaba dedicado a su trabajo de cuestación en la villa de Tíjola, y de tal manera se vio postrado por una fuerte fiebre que realmente tocó los umbrales de la muerte. El cuidado de los que lo asistían aumentaba, pues el venerable enfermo lejos de toda duda aseguraba que se iba a morir. Los hermanos se marcharon, con la aprobación del mismo a la segunda víspera. Así se comprobó el vaticinio: pues entre las llamadas señaladas de la campana de las horas, he aquí que llaman a la puerta y los religiosos entran. Así pues uno de ellos acercándose al enfermo, le dijo estas cosas: “Hermano Francisco, el Padre Superior te manda bajo la Sagrada Obediencia que, por el momento, no te mueras porque la Comunidad necesita tu ayuda”. ¡Oh, cosa admirable!, cuando oyó la palabra obediencia, pidió a todos que lo dejasen y al rato hizo venir a la hermana cuidadora a la que humildemente le pidió que le diere de comer pues Dios ya le había concedido la vida para que ayudase a sus hermanos. Desde entonces se inició una admirable recuperación y sobrevivió durante muchos años. Ciertamen-

te el estupor junto con la admiración conmovió a todos y apreciaron la obediencia de Francisco que resplandecía por encima de todo y admiraron el don de profecía con el que había sido inspirado.

Era tan celoso amante de la suprema pobreza que sólo poseía dos relicarios con sus cruces de madera, dos libritos sagrados, un paupérrimo y recosido hábito y sus flagelos. Únicamente esto es lo que tenía. Consiguió con tantas fuerzas los lirios de la pureza que nunca miraba los rostros de las personas con las que hablaba, ciertamente (decía) los ojos son ventanas del abismo. Impuso a su lengua un perpetuo silencio y únicamente impulsado por la caridad, o movido por la obediencia, mezclaba sus palabras con saludabilísimos consejos para excitar a las criaturas a mayores sacrificios que los que la vida normal comporta. Se distinguió siempre por una gran aversión a las palabras vacías e insustanciales y hasta se permitía con diligencia reprender con gran autoridad a los que las proferían porque las aborrecía completamente. Pues el celo del honor divino lo acuciaba en gran manera para que no fijase su mirada con ojos maliciosos. Tenía como locutorio habitual su celda o el coro, pasando en ellas grandes intervalos de tiempo en coloquios celestiales, los cuales una vez iniciados ciertamente sólo podían interrumpir apelando a la obediencia. El espíritu seráfico de Francisco ascendió a tan gran altura en la contemplación de la Divinidad que, abandonado su cuerpo, sublime su espíritu muchísimas veces fue elevado en admirable éxtasis. Ciertamente religiosos y seglares fueron testigos oculares de este hecho. En verdad ocho sucesos de esta clase constan que fueron comprobados por la autoridad pública. Narrarlos todos sería realmente prolijo, por ello es suficiente con el siguiente.

En la mencionada villa de Tíjola se había establecido por el siervo de Dios una hospedería para cuidar de nuestros hermanos enfermos en sus últimos momentos y acudir rápidamente bajo el socorro divino a quienes les faltaban las fuerzas corporales.

Llamaron a nuestro Francisco cuya intervención aguardaban como deseado apoyo y nuestro venerable hermano, pertrechado con la bendición del superior, tomó su remendada túnica y se puso en camino. Sin embargo, cuando llegó a la puerta de quien lo aguardaba, les dijo esto: “No os puedo remediar, la madre ha muerto”. Cuando oyeron estas palabras, los compañeros se quedaron rígidos. Por otra parte, con esforzados ruegos y con lágrimas pidieron al siervo de Dios que suplicase por la salvación de la moribunda madre. Este, conmovido ante tan gran llanto, se marchó a orar a la celda que había sido preparada para él. Mientras desgranaba sus oraciones, he aquí que cierta persona de la familia, en parte llevada por la curiosidad, en parte esperando el deseado final feliz, miró por el agujero de la cerradura para ver qué hacía Francisco. ¡Cosa admirable! Contempló al siervo de Dios en un éxtasis maravilloso levantado un codo del pavimento con los brazos en cruz. Luego el venerable hermano vuelto en sí, abrió la celda y con prudentes palabras pero con gran diligencia reprendió a la fisgona, se dirigió a la enferma, oró sobre ella y dijo a los presentes que la dejasen tranquila para que descansase.

El siervo de Dios llegó al refectorio y mientras comía cogió un vaso y con una alegre sonrisa lo bebió por la buena salud de la madre. Todos lo aprobaron y

llegaron hasta la cama de la que antes estaba para morirse y se quedaron de tal manera admirados de su mejoría que rápidamente en pocos días se repuso y sobrevivió durante muchos años.

Además, muchas veces, ya en el templo, ya en los campos, tanto los religiosos, cuanto los seglares, observaron a nuestro Francisco elevado en el aire. Con los brazos extendidos y rodeado de un resplandor celestial, cosa que atestiguaron mediante juramento.

De esta íntima unión con la Suprema Divinidad hasta lo más profundo de su corazón, la vívida confianza de nuestro Francisco se adhirió a la presencia del Señor que se manifestaron aquí hechos admirables. Vayan por delante dos de este tipo.

El superior le mandó a Francisco que fuese hacia la mencionada villa de Tíjola para que llevase aceite en nombre del convento. El fiel discípulo obedeció tan presto como complaciente, y de tal manera llevó la carga de aceite a los síndicos que ciertamente nada dejó para la provisión doméstica. “Fray Francisco” (dijeron), “¡Muy bien! ¿Nos quedamos sin aceite?” Él les respondió: “Hermanos, confiad en la providencia de Dios y no os faltará el aceite”. ¡Cosa admirable! En la misma tinaja del aceite apareció una cantidad no pequeña del mismo, cuya calidad sobrepasaba al anterior y cuya duración durante mucho tiempo, fue suficiente para el consumo del convento.

No menos admirable se presenta este hecho. En cierta ocasión, el siervo de Dios marchó a un cortijo para traer la carga de berzas (en español, coles) para las comidas diarias de los religiosos, ciertamente aquella finca tenía muy pocas pero generosamente se las dieron a Francisco, las arrancó inmediatamente y consintiéndolo Dios misericordioso, por el celo de su siervo y de la gran fe de los campesinos, hizo que de las raíces cortadas de las coles volviesen a rebrotar nuevos hijos mucho mejores.

Sobre este asunto nos agrada referir otro hecho admirable. Reunió en la ciudad de Purchena del río Almanzora, por medio de la mendicación ciertas cantidades de aceite y vinagre. Así pues para llevar ambos líquidos he aquí que mezcló de forma única a uno y otro. Los síndicos se asombraron pues con esto habían evaluado la agudeza de su mente y le dijeron: “Por ventura, fray Francisco ¿no se da cuenta que está juntando lo recogido?” Este respondió: “Callen, hermanos, puesto que allí en el convento, la divina Providencia hará que se separen uno de otro”. Llegó finalmente y diciéndole al mayordomo que preparase dos ánforas, separó un odre pequeño. ¡Cosa admirable! No perjudicó el fuerte movimiento del continuo caminar, ni la mezcla se fusionó lo más mínimo para que Francisco colocase en una tinaja a cada uno, el aceite y el vinagre separados y aislados.

Otra virtud se le otorgó al siervo de Dios contra la voracidad del fuego ante quien se sometía la naturaleza combustible del mismo. Con gran estupor quedaron admirados los que presenciaron el siguiente suceso. Se encontraba Francisco en la ciudad de Almería mientras que comenzó a arder un gran cúmulo de maderos y carbones junto a una casa de nuestros síndicos. Las campanas

repicaban para que viniesen los vecinos a apagar el fuego, pero sin embargo ninguno se atrevió a llegar a él por causa de su magnitud. Percatándose pues, fray Francisco de los inevitables daños que estaban a punto de ocurrirles a todos, transformado en una pirasta[38] de caridad, extendiendo los brazos en cruz, intrépido se lanzó al fuego el cual, ante la presencia de un hombre ardiendo por el fuego del mayor amor supremo, se apagó de pronto.

Cierta hermana de Baza, sor Isabel Montefrío, arrojó al fuego unas cartas para que se quemasen y regresó a su celda. Después de cierto tiempo, cuando volvió y encontró con gran emoción una pequeña esquela del hermano Francisco totalmente inmune, cuando las demás eran cenizas, la tomó reverentemente e inmediatamente la enseño a las demás hermanas. Hoy se conserva con mucha devoción.

Evidentemente la poderosa virtud de nuestro Francisco no se limitaba únicamente al mundo del fuego material, también se extendía contra la impúdica sensualidad. Cierta persona que vivía dentro de nuestra Regla presenta este testimonio. La acosaban un ardor e impulsos constantes contra la pureza, por lo que para protegerse de ellos pidió socorro al siervo de Dios. Entonces Francisco, sacando un grueso gorrito, que solía usar algunas veces, se lo dio para que se cubriese la cabeza. ¡Oh cosa admirable! Desde que se lo puso nunca más experimentó los ardores infernales.

Son tantos prodigios los que realizó en la imprevista curación de enfermedades mortales el brazo del Omnipotente por intervención del siervo de Dios, que no aguantarían la brevedad de este compendio. Sin embargo, uno o dos serán suficientes para la comprobación de esta verdad.

Cierto hermano de nuestro convento de Caniles, junto al que se encontraba Francisco, padecía de fiebres tercianas. Entonces le rogó encarecidamente que, si fuese conveniente, consiguiese de Dios para sí, la deseada salud. La atenta caridad de nuestro Francisco prestó oídos y volviéndose hacia el enfermo, le dijo estas palabras, como corrigiéndole: “En verdad no tiene ninguna fe en su Padre Celestial”. Cosa singular digna de admiración. Fue suficiente esta expresión de su celoso espíritu, sin medicinas ni oraciones, para que sanase de repente y se le restituyese íntegra su salud.

Esto también lo afirmó bajo juramento un testigo ocular, porque el venerable hermano empleando el bastón o el decenario[39] procuró que pariesen fácilmente muchísimas mujeres estériles y otras embarazadas, y a otros felizmente devolvió espontáneamente la salud.

En la tan mencionada villa vecina de Tíjola vivía cierta señora predispuesta hacia el siervo de Dios que padecía una grave y prolongada debilidad, llamó a nuestro donado y le dijo estas palabras: “Hermano Francisco no se me oculta

38. La pirasta era una mariposa que se creía que vivía en el fuego.

39. Sarta de diez perlas con una más gruesa, rematadas por una cruz para llevar cuenta de lo que se reza y que, a modo de anillo, se coloca en un dedo.

que voy a morir, sin embargo me aflijo por los muchos hijos que dejo". Entonces él le respondió: "Comadre, otros más jóvenes quedaron en este mundo y ni mucho menos murieron". Cuando la enferma oyó esta respuesta le invadió tan gran tristeza y se abatió con tan gran aflicción que durante horas acrecentó su abatimiento.

Finalmente, estaban preparadas todas las cosas para que fuese aliviada con los sacramentos eclesiásticos, cuando fray Francisco fue llamado de nuevo y le dijo la enferma: "Compadre, con vuestra respuesta de ayer me ha invadido tan gran pesar que, antes de que próximamente mi mente quede incapacitada, voy a actuar de esta manera, apretaré mis puños, pues no puedo morir hasta que no haya criado a vuestros hijos adoptivos". Con estas palabras se conmovieron las entrañas del piadoso siervo de Dios, por lo que imponiendo su mano sobre la cabeza de la enferma y haciéndole la señal de la cruz, recitó devotamente el Credo, en lo que tardó un cuarto de hora. Después le dijo a la moribunda: "Comadre, dale muchas gracias a Dios, pues ya la Divina Majestad ha consentido en alargarte la vida para que cuides de tus hijos". ¡Cosa admirable!

Calló Francisco y he aquí que la enferma, lo mismo que si no hubiese padecido ningún mal, de pronto se encontró totalmente sana.

En la misma villa cierta mujer padecía un gravísimo dolor en un dedo, después de haber fallado todos los remedios humanos, tras haber pasado un año completo sufriendo continuamente sin descanso, cierto día al alba, llorosa y sin dormir mirando desde la ventana de su habitación divisó a fray Francisco que hacía el Vía Crucis. Movida por un impulso superior lo llamó y le contó su espantosa situación que la consumía lentamente y casi la ponía a las puertas de la muerte, rogándole al mismo tiempo que rogase a Dios para que se le mitigase tanto sufrimiento.

Francisco estuvo de acuerdo y sacando el decenario que llevaba en su dedo hizo tres veces la señal de la cruz sobre ella, recitó el símbolo de la fe, con cuya medicina cayó inmediatamente en un profundo sueño que duró cuatro horas y cuando se despertó totalmente sana, exultante le dio las debidas gracias.

En la villa de Serón, del río Almanzora, se encontraba una noble joven desahuciada por los médicos, por un parto complicado. Todos sus familiares, con gran encarecimiento se acordaron del siervo de Dios y determinaron enviar un mensajero a nuestra casa de Caniles para hacer que viniese. Ya estaba este a punto de preparar el viaje y he aquí que el venerable hermano de improviso llama a la puerta. En verdad se llenaron de gran alegría, pero con mayor admiración cuando le oyeron preguntar por la moribunda. Todos se asombraron grandemente porque el siervo de Dios estaba en su convento, que distaba cinco, seis o más leguas, por lo que no podía conocer de ninguna manera la infausta noticia, así pues el hermano de la paciente le dijo: "¿Hermano Francisco, realmente sabe que mi hermana está próxima a morir?" "Completamente lo sé –respondió–, pues traigo la túnica fúnebre para enterrarla". ¡Dolorosa frase para los corazones de los presentes!, pero no menos confiaban el poder de este santo oblato y le pidieron insistentemente que rogase por la exánime. Se lo rogaron durante un rato y tanto

se conmovió la caridad del siervo de Dios que poco después se dirigió a la habitación de la enferma y recitó, como acostumbraba, el símbolo de la fe, con éxito tan venturoso que trajo a la muchacha mucho más hermosa e inmediatamente la doncella quedó completamente sana.

Como testimonio de su espíritu profético por el que su inspiración fulguraba y que, entre sus muchos dones admirables, resplandecía por doquier, existen no pocos testimonios ratificados públicamente. Pero, ya que la prolijidad sería desproporcionada para este compendio, un suceso dará a conocer una prueba clara y convincente. Cierto residente en Granada y oriundo de la ciudad de Tíjola, tantas veces nombrada, y singularmente simpatizante del siervo de Dios pisaba ya las funestas puertas de la muerte. Su familia, sin saberlo, aguardaba anhelantemente que volviese con impaciente vehemencia. Viendo ciertamente que se demoraba mucho, la hermana del enfermo residente en la misma (distante de Granada veintitrés leguas) le pidió devota a Francisco que prodigase sus piadosas oraciones por su hermano. El siervo de Dios le respondió: “Señora no tenga preocupación por él”. ¡Cosa admirable! El anhelado hermano volvió al cuarto día y dijo que había estado a punto de morir en Granada, a pesar de tener tres médicos a la cabecera de su cama, pero que cierto día por la mañana, alrededor de las ocho (esta fue la misma hora en que su hermana le rogó a Francisco) de pronto, lleno de estupor, se encontró sano para extrañeza de los médicos quienes, lejos de cualquier duda, lo consideraron como un hecho milagroso, y así lo han confirmado.

Complace grandemente referir este suceso agradable digno de admiración. Cierto labrador tenía una casa de campo de tal manera infestada por pulgas que nadie se atrevía a ir a habitarla. Le rogó a nuestro Francisco que pidiese su exterminio con sus piadosas oraciones. Este asintió y sin tardanza se dirigió a la casa, entró en todas las habitaciones y por todas ellas paseó un poco. Hecho esto, he aquí que el siervo de Dios salió tan lleno de pulgas que ni uno de estos molestos bichejos quedó dentro, ni después se volvió a encontrar estas molestas pulgas.

Finalmente, el celeste esposo llamó a las puertas de Francisco enviándole como mensajero una enfermedad infecciosa que al cabo de siete días lo arrebató de entre los humanos. Así pues para tan fatídico camino este atleta pertrechado con la fuerza de su mente, de tal manera salió al encuentro del Señor con tan fervientes manifestaciones de amor que también los corazones de los presentes estallaron en destellos de fuego divino. Así pues reanudó las vehementes ternuras de su ardiente espíritu hasta que su ferviente alma (como piadosamente se cree), el día 20 de enero del año 1729, cuando serían las tres de la tarde, voló a los brazos de su Excelso Creador. El venerable cadáver de nuestro hermano descansa lejos de aquellos horrores, que la tétrica faz de la muerte proporciona a los demás. No se puso rígido ni bañado por la terrible palidez, sino que se mostraba flexible, hermoso y agradable a la vista. Además emitía de tal manera un continuo olor suave que recreaba maravillosamente al olfato y que sorprendentemente se extendía hasta la calle, siendo testigos de tan gran portento todos los habitantes de Baza, ni faltó este suavísimo olor celeste a los habituales pobrecitos de Francisco.

Aquella noche en la que yacía exánime en la mencionada ciudad el siervo de Dios, de tal manera sudó tan copiosamente que fue necesario secarle el rostro.

Una gran diligencia crecía excesivamente entre los asistentes para trocear el pobre hábito con el pretexto de conservar sus reliquias. Y hasta fue necesario en el transcurso de aquella noche, tener que vestir por tres veces el santo cuerpo, pues la rapaz devoción enseguida fragmentaba las túnicas. Se experimentó que los trocitos tomados del hábito conservaban consigo la admirable fragancia y hasta hoy la exhalan igualmente. El mismo hecho admirable se aprecia en el dedo del exánime Francisco que por indiscreta piedad arrancó a la fuerza el señor presbítero de esta villa de Caniles. También D. Jerónimo Rosillo[40], canónigo de la colegiata de Baza conserva la basta sandalia deteriorada que igualmente desprende el mismo olor.

Finalmente, se realizó el traslado fúnebre del cadáver hasta nuestro convento, no sin una especial providencia divina. Pues como de cuando en cuando, en otras ocasiones, nuestro Francisco, próximo a su muerte, había estado en Baza, todo el pueblo se había reunido simultáneamente, de tal forma compacto que, si por casualidad cayese, estaba asegurado que el cuerpo se posaría sobre los concurrentes. Además, hasta ahora no ha habido ni la más leve contradicción, a lo que manifiesta su confesor, que el siervo de Dios había sido reclamado por la Divina Majestad.

Con otras cosas dignas de fe, el mismo confesor atestigua que después de doce horas de su óbito, pincharon con un escalpelo una vena y, sin presionar siquiera, brotó sangre con tanta fuerza como si fuese de un cuerpo vivo. Colocaron pues a fray Francisco en el sepulcro común de los religiosos, sin embargo una importuna multitud irrumpió apiñada confusamente la cual destrozó casi todo el hábito del cadáver. Por esta causa el superior, fray Francisco García, mandó que se confeccionase un ataúd de madera para preservar en el mismo más decentemente al difunto.

El cuerpo del siervo de Dios que aún continuaba exhalando el celeste olor, y todavía se mostraba con aspecto de vivo, dúctil, hermoso y flexible, después de nueve días de su fallecimiento, fue expuesto en un lugar visible.

Ciertamente de igual forma fueron testigos de estos hechos maravillosos, no sólo los frailes con el superior, sino también muchísimos eclesiásticos y seglares, sobre lo que redactó un testimonio legal D. Fernando Salvador Martínez, notario apostólico, vecino de la anteriormente citada ciudad de Baza, que expuso lo mismo sobre los siguientes casos portentosos.

40. Jerónimo Rosillo y Perea, natural de Orce, realizó sus estudios en la ciudad de Granada, concretamente en el colegio de Santa Catalina Mártir, y por su Universidad se doctoraría en derecho y teología. Ejerció como abogado de los Reales Consejos y fue asesor del Ayuntamiento de Baza. Nombrado canónigo de la iglesia colegial de Baza en 1718, sería designado chantre años más tarde. Entre 1756 y 1759 fue gobernador, provisor y vicario general del obispado de Cartagena. A su regreso a la capital de la Abadía, sería nombrado prior de la colegial, un cargo que desempeñó hasta su muerte en 1777.



Lám. 9. Vista del convento de San Antonio de Padua de Caniles, desde el molino del Puente (s. XIX). Fuente: Archivo particular.

El carpintero, para adaptar el féretro a una oquedad del lugar comprobó, una y otra vez cuidadosísimamente las medidas y dedujo que sobraba todavía alrededor del arca no menos del grosor de dos dedos. Así se llevó a cabo con toda precisión. Sin embargo, preparado ya el cadáver dentro de la caja, ¡cosa admirable!, después de dos intentos no fueron capaces de introducirla de ninguna manera ni en el primer lugar ni en otros más amplios que se prepararon utilizando las herramientas apropiadas. Con esto, la voluntad divina hizo saber al superior que era evidente que ningún nicho vulgar era apropiado para tan gran hombre. Así pues se hacía necesario preparar una edificación abovedada que acogiese únicamente este tesoro. Aceptó esta inspiración espiritual y, poniendo manos a la obra, mandó construir en el mismo lugar una pequeña cámara en la que fue depositado el cuerpo de Francisco.

A continuación viene otro hecho admirable. El alabado notario para cumplir su promesa dejó el cadáver del siervo de Dios cerca de la linde de Baza con esta villa de Caniles colocado sobre una buena mula a cuyas ancas iba el donado hermano Pedro Marín. Detrás seguían el mismo camino, en un carruaje, el mencionado D. Jerónimo Rosillo y su hermana, D.ª Catalina Rosillo y dos sirvientas compañeras en la misma casa. Mientras caminaban por una llanura arenosa (que

llaman Zoayme) para llegar más pronto al convento, el conductor, por su propia voluntad fustigó de tal manera a las mulas del vehículo que, desenfrenadas en su carrera descontrolada, alborotaron grandemente al cuadrúpedo cargado y a los mencionados notario y donado, haciendo que este corriese haciendo veloces brincos; por lo que, en su velocísima carrera, nuestro donado fuese arrojado de la cabalgadura y cayó en tierra, dándose un fuerte golpe. Pero en su interior invocó a su fiel y necesario ayudante siervo de Dios Francisco. ¡Suceso, en verdad admirable! Ya colgaban en el precipicio las patas de las mulas y Pedro caído, y era inminente el fatal despeñamiento del carro, cuando la paciente costumbre del donado hizo que frenase a los brutos con su pie y de repente las contuvo con su esfuerzo, hasta que se detuvo la caída y totalmente sin daño e ileso, pudo librarse.

4.3. SAGRADAS RELIQUIAS

Las que se conservan en este monasterio no tienen el documento que acredite su autenticidad. Sin embargo, en un pequeño relicario de plata, en forma de custodia y protegido por un cristal existe una minúscula cruz de un fragmento del madero de la vida de nuestro Redentor; un trocito del báculo de nuestro seráfico Padre; una partículas de los huesos de los santos Andrés, apóstol, de los confesores Pedro de Alcántara Diego, Juan de Dios y Benedicto. También se conservan de Simplicio, Eugenio, Pedro, Pacífico, Faustino, Casto, Octavio, Engracia, Máxima, Benedicto, Eutropia y de los que llaman Mártires de Arjona. Además de esto, en cierto altar de nuestra iglesia se encuentra una urna adornada artísticamente que guarda decentemente la cabeza de una tibia del mártir *S*an Severino. Finalmente en un cofrecito de bronce se conserva un pequeño fragmento de un hueso de San Pascual Bailón, también se muestra a la debida veneración una pequeña parte de la manta de su cama, la cual ciertamente con frecuencia proporciona maravillosamente súbitas curaciones si se le aplica a los enfermos.

4.4. EL MILAGRO DE SAN ANTONIO

Mientras se proseguía el gran esfuerzo de esta nueva construcción [del convento de Caniles], que ya en su momento relataremos, acontecieron algunos hechos dignos de ser referidos. El primero ciertamente ocurrió en este mismo año.

Dos trabajadores (a saber, un hermano lego y un postulante a nuestro hábito) sacaban piedras del cerro vecino para forjar la obra, cuando una gran roca se desplazó por efecto de su enorme peso. Por la gran cantidad de las piedras que caían ambos fueron sepultados bajo las ruinas de un gran montón de tierra de diecinueve codos de altura[41]. En tan gran aflicción piden auxilio a San Antonio de Padua (titular del convento) para que los libre de aquella nube tenebrosa y resultaron libres de cualquier lesión, más aún sin ninguna turbación de ánimo por causa de aquel caso imprevisto para admiración de todos los presentes.

41. El codo, según las distintas regiones o países en que se usaba, tenía diferentes mensuras. Hemos tomado una intermedia equivalente a 0,57321 m; esto nos daría 11 m, aproximadamente.

5. CONCLUSIÓN

Queremos dejar constancia de que lo que refiramos en esta labor, así como en las otras llevadas a cabo sobre distintos conventos de los franciscanos descalzos de la Provincia Andaluza de San Pedro Alcántara, es posible gracias a la traducción de un texto escrito en latín del siglo XVIII por un franciscano anónimo que, en su momento llevé a cabo y que ha sido publicada con el título de *Crónica de la Provincia Franciscana de San Pedro de Alcántara (historia de los conventos franciscanos descalzos de la Provincia de San Pedro de Alcántara, según un texto latino del siglo XVIII).*

Si, alguna vez, se hiciese un estudio crítico de esta historia, sería el momento de exponer con detenimiento todas las ocasiones en las que, por su gran conocimiento de esta lengua, el autor o autores de la crónica utiliza expresiones no muy usuales y excesivamente rebuscadas.

En este trabajo hemos presentado ciertos aspectos, los más dignos de tener en cuenta, de los que han acontecido en los conventos granadinos de Puebla de Don Fadrique, Guadix y Caniles; así como también la vida de los frailes que destacaron más por sus virtudes, o por su producción literaria. También las reliquias que se encuentran en el mismo, y cualquier otro hecho que consideramos digno de reproducir y útil para el lector.

BIBLIOGRAFÍA

Asenjo Sedano, C. (1974) *Guadix: guía histórica y artística*. Granada: Diputación.

Domínguez Ortiz, A. (1976) *El Antiguo Régimen. Los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid: Alianza.

García Alcaraz, Ginés, O.F.M. (1761) *Segunda parte de las chronicas de la Santa Provincia de San Pedro de Alcantara, de religiosos menores descalzos de la mas estrecha regular observancia de N.S.P.S. Francisco, en los Reynos de Granada y Murcia*. Murcia: Nicolás Villagordo.

Montalvo, Tomás de, O.F.M. (1708) *Chronica de la Provincia de S. Pedro de Alcantara, de religiosos menores descalzos de la mas estrecha regular observancia de N.P.S. Francisco en los Reynos de Granada y Murcia, primera parte*. Granada: Imp. Santísima Trinidad.

Rodríguez Domingo, J. M. (1995) "El patrimonio mueble de los conventos suprimidos por la Desamortización de Mendizábal en Guadix (1835-1838)", *Cuadernos de Arte de la Universidad de Granada*, 26, pp. 423-437.

Villegas Ruiz, M. (2020) *Crónica de la Provincia Franciscana de San Pedro de Alcántara (historia de los conventos franciscanos descalzos de la Provincia de San Pedro de Alcántara, según un texto latino del siglo XVIII).* Córdoba: Asociación Hispánica de Estudios Franciscanos.